

PUNTO
ROJO

BB



SILVER KANE

UNA DULCE MUERTE

**1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 22736 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 5346/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:**

- En Colección **BISONTE**:
752. — Hora de morir.
- En Colección **SERVICIO SECRETO**:
637. — O. A. S.
- En Colección **BUFALO**:
420. — La dama negra.
- En Colección **TEXAS**:
329. — La casa de los 7 ahorcados.
- En Colección **CALIFORNIA**:
315. — Miss Muerte.
- En Colección **COLORADO**:
208. — Su último desafío.
- En Colección **KANSAS**:
210. — Tres diablos y medio.
- En Colección **ASES DEL OESTE**:
182. — Blancanieves y los 7 pistoleros.
- En Colección **BRAVO OESTE**:
67. — El Paso de Satán.
- En Colección **PUNTO ROJO**:
29. — La Zarpa.



CAPÍTULO PRIMERO

La calle de Rívoli, que es elegante, aristocrática y ligeramente frívola en su principio, se va volviendo más popular cuando, pasadas las Tullerías y el monumento a Santa Juana de Arco, se adentra en el barrio de Saint Antoine.

Empiezan a haber allí algunos estudios de pintores, departamentos pequeños donde viven hambrientos poetas y hasta alguna discreta buhardilla alquilada por tal o cual señorita de la buena sociedad que quiere recibir allí a sus visitas masculinas sin que nadie se entere y dentro de un ambiente muy «a la page».

Por esa zona de París era precisamente por donde vivía André Gely.

André Gely vivía en una buhardilla, pero no recibía allí visitas de ninguna clase. Las paredes de su habitación no estaban adornadas con cuadros ni con fotografías dedicadas de músicos a la moda, sino con trofeos de guerra. Había allí desde un casco de guerra italiano hasta una bomba de mano alemana, pasando por bayonetas de todos los tipos, sables de caballería, pistolas y granadas de mortero.

También había un diploma, un diploma muy sencillo firmado por el general De Gaulle cuando éste era el jefe de los resistentes franceses contra el invasor alemán. El diploma decía simplemente:

FRANCIA
con gratitud a
ANDRE GELY
combatiente de la Libertad

André Gely también poseía varias medallas, pero éstas no eran visibles. Las tenía guardadas en un cajón que sólo abría el 14 de julio, para presenciar desde un lugar de honor el desfile militar anual del Día de la Bastilla, llevando las condecoraciones sobre un costado de su americana.

Por último, André Gely tenía cuarenta años y era soltero.

Bueno, soltero por muy poco tiempo.

Precisamente aquel día se casaba con Sigrid Larsen, que acababa de cumplir los treinta y dos años, y era una de las más deliciosas maniqués de la alta costura parisina.

André Gely, alto y fuerte, con los cabellos ligeramente blancos en las sienes, paseó su mirada por la buhardilla.

Dos habitaciones discretamente amuebladas y un pequeño cuarto de baño. Nada de cocina, porque él siempre comía en los pequeños restaurantes del barrio. Pensó que en cuanto se casara con Sigrid, puesto que trabajarían los dos, tendría que hacer lo mismo.

Mientras se ajustaba la corbata en el elegante cuello de la camisa nueva, se contempló a sí mismo.

Buena pinta, buen aspecto de hombre que siempre ha sabido escoger lo mejor de la vida. En la guerra, los puestos de más libertad y más emoción. En la paz, las mejores mujeres de una ciudad donde están las más elegantes y las más finas del mundo.

Sigrid Larsen no iba a ser una excepción. A pesar de sus treinta y dos años, o mejor a causa de ellos, resultaba una mujer completa, inquietante y turbadora. La única mujer de París que podía haber hecho perder la cabeza a un hombre como André Gely.

Contempló sus habitaciones llenas de recuerdos de cuando fue un héroe y entró en París a la cabeza de la columna Leclerc, donde figuraban muchos españoles. Recuerdos arrancados a los hombres que mató por su mano y que habían marchado aullando al Más Allá, donde un día se encontrarían todos.

Gely se detuvo un momento en el centro de la habitación, pensativo.

El Más Allá.

¡Diablos! ¿Sería cierto que todos los hombres a los que mató y él

tendrían que volver a verse algún día?

Se encogió de hombros.

Desde que la guerra terminó, a André Gely sólo le importaban las preguntas relativas a señoras que tuviesen buenas piernas.

Se puso la americana oscura con la que iba a acudir a la ceremonia de la boda y se dio una última ojeada en el espejo.

Perfecto.

Salió a la calle. Los porches de la rue Rívoli hervían de turistas, a pesar de que la afluencia mayor se producía por la tarde. Los coches pasan raudos, como si una furia secreta los persiguiese.

Un «DS» esperaba a la puerta.

De él se apeó un hombre de unos cincuenta años, uniformado en gris, que abrió la portezuela posterior y miró a André haciéndole una reverencia. Este le contempló asombrado.

—¡Denis!

—El mismo, André. ¿Qué te parece? Ahora soy chofer de una casa rica.

—Pero..., ¿qué haces aquí?

—Me he enterado de que te casabas, y como no puedo regalarte nada te regalo mis servicios.

—¿Tus qué...?

—Mis servicios de chofer, coche incluido. Los tiburones dueños de todo esto —señaló el «DS» y el uniforme— están fuera, y yo dispongo del cacharro.

André iba a acomodarse junto al conductor, pero éste le indicó la parte posterior del vehículo.

—Atrás, como los señores. Durante una hora voy a ser tu chofer.

André se arrellanó cómodamente en el asiento posterior, sonriendo, y encendió un cigarrillo.

—¿Quién iba a decirlo, eh? Después de lanzar tantas bombas y matar a tantos alemanes en el Bois de Boulogne... ¿Qué ha sido de tu vida? No nos veíamos desde hacía más de quince años.

—Ya sabes que yo me daba buena maña para conducir... Fui chofer de camión hasta que me cansé. Ahora estoy en una casa rica. Cuatro coches: uno americano, uno francés, uno inglés y un «Zys» ruso. La O.N.U. Bueno, ¿a dónde te llevo?

—Primero iremos a la Alcaldía de Passy, para el matrimonio civil, y luego a la Madeleine, para la ceremonia religiosa. Pero ante todo he de pasar por casa de Sigrid, mi prometida. Iremos juntos a la Alcaldía de Passy.

—¿Qué dirección es la de tu chica?

—302, rue Vaugirard.

—¿Tiene buenas piernas?

—¡Ojú!

—¿Y qué tal anda de defensas?

—Sus barreras parachoques son impresionantes.

—Y a lo mejor tiene buenos labios.

—¿Cómo lo has adivinado?

Los dos hombres rieron.

—Has tenido buena suerte —dijo el chofer—. De acuerdo. Puesto que las perspectivas son tan halagadoras, te llevaré a la rue Vaugirard.

Ascendieron por la rue Rívoli y doblaron por Saint Honoré. La plaza de la Opera estaba animada, radiante, y había docenas de turistas tomando fotografías. El coche, tras dar un rodeo, enfiló luego hacia la rue Vaugirard.

Frente a una casa de tres pisos, bastante antigua, se detuvo.

—Bueno, amigo, te aguardaré.

—No hace falla. Bastante te has molestado por mí.

—¡Si lo hago interesadamente! La mujer que te ha pescado a ti tiene que ser un fenómeno. Y quiero ver si esa vedette lleva bien recia la costura de las medias.

Recordando la alegre camaradería de sus días en la Resistencia, André no se ofendió.

—Está bien, hombre... Pues espera.

Subió al tercer piso.

Denis se apeó del coche y encendió un cigarrillo mientras se ponía a pasear lentamente de un lado a otro de la acera. Tendría que esperar bastante, seguramente, y más valía tomarse las cosas con calma. Las mujeres se vuelven tan blandas y pesadas el día de su boda...

Examinó los comercios más inmediatos a la casa. Eran un estanco y una tienda de antigüedades oscura y solemne, en cuyo escaparate había un busto de Napoleón tallado en alabastro. Un sitio para morir.

Quince minutos después, una furgoneta gris se detuvo ante la puerta de la casa de antigüedades. La conducía un tipo alto y rubio que tuvo que hacer maniobra para no rozar el flamante «DS». Dos fulanos como él saltaron del interior de la furgoneta y penetraron en la tienda de antigüedades, de donde volvieron a salir llevando una pesada cesta de mimbre donde puede decirse que cabía una estatua.

Denis arrojó los restos de su cigarrillo al suelo.

—¿Les ayudo?

—Gracias, no hace falta.

La cesta fue cargada en la furgoneta, los dos tipos subieron al interior y cerraron. El conductor ocupó su puesto y arrancó.

Unos minutos después se habían perdido de vista. Denis encendió otro cigarrillo.

Le había fastidiado lo de la cesta. ¡Con qué cuidado la trataban! Ni que llevaran allí una vajilla donde se preparó el primer biberón a María Antonieta.

Pocos instantes después pasó por allí una mujer de campeonato. Denis, mientras la seguía con la mirada, se olvidó de todo.

* * *

André subió hasta el tercer piso y golpeó con los nudillos en la puerta. El timbre no funcionaba.

Una mujer elegantemente vestida con un ceñido traje gris marengo le abrió, y quedóse apoyada indolentemente en una jamba de la puerta, sonriéndole. A pesar de la blandura de su gesto, se adivinaba en ella esa elasticidad y esa gracia flexible que tienen muchas maniqués experimentadas, sobre todo las que practican el ballet.

Sigrid siempre había sido una mujer maravillosa.

Más bien llenita («dentro de dos años no servirás para maniquí», le decían), se movía, sin embargo con una gracia inimitable, alada. Usaba siempre zapatos de alto tacón y llevaba larga y descuidada su hermosa cabellera rubia.

Lo único malo eran sus ojos.

Aquellos ojos verdes, de tigresa, un poco inhumanos que siempre había tenido.

Unos ojos que hacían daño.

Pero André ya se había acostumbrado a verlos, y además eran bastantes las mujeres alemanas como Sigrid que tenían aquellas pupilas. Por eso no hacía demasiado caso.

Ella susurró:

—Hola, cariño.

—¿Lista, Sigrid?

—Sólo esperando que tú me bajes en brazos.

—La costumbre es subir, ¿no?

—Nosotros haremos las dos cosas.

André cerró la puerta con un pie y la besó apretadamente en la boca. La mujer, con una flexible suavidad, se enroscó a él igual que una sirena. Sus labios estuvieron unidos un largo minuto, mientras

se acariciaban los dos.

Fue André quien la soltó.

—¿Sabes que tengo un coche abajo, Sigrid?

—¿Lo... has comprado?

—No... Sigo siendo tan pobre como antes. Un hombre que era un héroe a los veintidós años y que no ha trabajado apenas desde entonces no puede tener dinero. El que me aguarda es un amigo mío a quien tampoco le han ido muy bien las cosas. Ahora es chofer de una casa rica. Tiene un «Citroën» nuevo abajo y nos llevará a la Alcaldía de Passy.

Sigrid palideció levemente.

—¿Te ha visto entrar aquí?

—Claro. Ya te he dicho que me espera abajo... ¿Qué te ocurre?

—Nada, cariño.

La mujer fue caminando hacia la mesita del centro de la estancia, donde tenía su bolso. Sonriendo, André pensó que su amigo diría que sí, que llevaba bien rectas las costuras de las medias. Sigrid se volvió hacia él, tras extraer algo de su bolso.

Una pistola del nueve largo, con silenciador acoplado.

—Lo siento, cariño, pero esto no cambia las cosas.

André balbució:

—Pero...

No pudo decir más.

Sigrid apretó el gatillo seis veces seguidas, y las seis balas entraron en su cuerpo.

CAPÍTULO II

El boulevard Montmartre es una calle ancha y alegre, famosa en el mundo entero, y que ya Utrillo immortalizó con sus pinceles. Puede decirse que todo París, el bueno y el malo, pasa por esa calle.

Sin embargo, a Gérard el boulevard Montmartre siempre le había parecido siniestro.

Y era por un solo detalle.

Por aquella mano.

La mano, en realidad, estaba colgada sobre todos los que pasaban por la calle. Era enorme, anticuada y con el dedo índice señalando hacia las baldosas. Como otras mañanas yendo hacia el Liceo, Gérard se detuvo para mirarla.

«Parece como si señalase a alguien a quien han de matar — pensó—. Es horrible...»

Fue al Liceo, a las clases, y durante toda la mañana no pudo evitar el recuerdo de aquella mano. Le obsesionaba.

Y eso que era lo más natural del mundo. Aquella mano correspondía a un antiguo anuncio: «Las mejores telas de París. Entre. Está en su casa». La mano señalaba la entrada de la tienda.

Pero era grande, extraña, y a veces, según como se la miraba, parecía estar viva.

Gérard, que tenía doce años, resolvió dar un rodeo y no volver a pasar más bajo aquella mano.

Pero al salir de las clases una fuerza subyugadora, extraña, le llevó por el camino de siempre.

Vio la tienda. La mano.

A la luz gris de aquel día de tormenta, parecía más grande y siniestra que nunca.

Gérard apretó los labios.

«No volveré a pasar por aquí... No volveré a pasar por aquí nunca... Luego sueño en esa mano.»

Pero pasó.

Al caminar bajo la mano, miró hacia el enorme dedo que parecía apuntarle.

Una cosa suave y viscosa cayó desde el dedo sobre su frente.

Gérard se la limpió, y luego se miró los dedos. Contuvo una mueca de incredulidad y de horror. Porque lo que había caído desde aquella mano era una gota de sangre.

CAPÍTULO III

El jefe del Gobierno, monsieur Pompidou, hizo comparecer en su despacho al subsecretario de la Presidencia.

—Tengo un trabajo importante para usted —dijo de un modo maquinal, sin mirarle.

Pero se adivinaba en el temblor de su mano derecha que estaba nervioso.

—Dígame, señor presidente.

—Tengo noticias de una denuncia, al parecer sin importancia, que se ha recibido en una de las Comisarías de París. Y, sin embargo, es necesario que se ponga usted inmediatamente en movimiento.

El subsecretario hizo un gesto dubitativo.

—¿Por una denuncia en una Comisaría...?

—Se nos comunica que ha desaparecido monsieur André Gely.

—¿André Gely? No le conozco.

—No es extraño, puesto que usted no vivió intensamente los días de la Resistencia contra el invasor alemán. André Gely luchó contra los nazis ya en 1940, siendo un colegial, y a los veintidós años era un auténtico héroe. Fue uno de los primeros hombres que entraron en París y voló con bombas de mano parte de la Comandancia General alemana. Mató a una cantidad increíble de soldados del III Reich, a veces exagerando incluso la nota. Pero ya sabe usted que en aquellos tiempos no se podía tener en cuenta un muerto más o menos si uno luchaba por una causa noble.

—Es natural, señor presidente.

Monsieur Pompidou hizo un gesto suave y pareció abanicarse con una hoja de papel mecanografiado antes de entregarla al subsecretario.

—Estos son todos los datos que he recibido. Tiene usted que estar en contacto con la Prefectura para que averigüen todo lo posible sobre la desaparición de ese hombre. Interesa que se den cuenta de que el Gobierno toma cartas en el asunto. ¿Comprendido?

—Sí, señor. Es decir, comprendido a medias.

—¿Por qué?

—No veo la razón de que el Gobierno se interese de una manera especial por la desaparición de un hombre, aunque éste fuese un héroe hace dieciocho años.

—André Gely es amigo personal del presidente De Gaulle. Lucharon juntos durante toda la guerra, aunque en diferentes planos como es natural, y André Gely, según dicen, le salvó una vez la vida. Esas cosas siempre se recuerdan. —El presidente hizo otro suave movimiento con las manos—. Estoy persuadido de que cuando el presidente De Gaulle lea en los periódicos la noticia de la desaparición querrá saber qué últimas noticias hay sobre el paradero de su amigo, y qué se ha hecho para averiguarlo. Conviene que tengamos informada en todo momento a su Secretaría privada.

—Es natural. Gracias, señor.

El subsecretario de la Presidencia salió del despacho.

Para realizar mejor la gestión encomendada, fue a Prefectura por sí mismo. A la puerta le esperaba un «Citroen», al que subió. Quince minutos después hablaba con el propio prefecto de París.

—En realidad —dijo éste—, aún no tenemos noticia concreta sobre la desaparición. Una simple denuncia.

—¿De qué clase?

—Un amigo de monsieur Gely, llamado Denis, parece que quiso acompañarle en automóvil a la Alcaldía de Passy el día de su boda. Porque monsieur Gely se casaba hoy, eso es lo más curioso. Geiy subió a ver a su prometida en la rue Vaugirard, mientras Denis esperaba abajo. Al cabo de una hora aún no había dado señales de vida.

El prefecto sonrió comprensivamente.

—¿Piensa usted que, sin esperar a la boda, se hayan fugado por una puerta falsa? —preguntó el subsecretario.

—¡Oh, no! Lo que pienso es que aquí puede haber un monumental error por parte del tal Denis. Porque, cuando él cursó la denuncia, fuimos al lugar de la rue Vaugirard que él señalaba. Sigrid Larsen, la prometida de Gely, no estaba allí. No parece que haya estado nunca.

—¿Dónde vive en realidad?

—En el 512, avenue Foch.

—¿Y estaba allí?

—Sí.

—Entonces...

—Se sorprendió mucho cuando le dijimos que la habíamos estado buscando en la rue Vaugirard. Ni siquiera conocía de una manera exacta el emplazamiento de esa calle. Pero nos confirmó la desaparición de Gely, porque ella también le estaba esperando y aún no había comparecido.

El subsecretario se puso en pie.

—Dejo este asunto en sus manos, monsieur. Le ruego me informe detenidamente de todos los progresos realizados, porque el señor presidente del Gobierno tiene un interés personal en la buena marcha de este asunto. Reconozco que no será fácil si efectivamente alguien ha raptado o asesinado a monsieur Gely, pero a lo mejor todo se reduce a una situación de vodevil. Mis respetos, monsieur.

El prefecto de París le acompañó hasta la puerta, —Ha sido un honor recibir su visita.

Cuando el subsecretario hubo desaparecido, el prefecto pulsó un timbre de su teléfono interior. Su semblante parecía preocupado, y una arruga vertical se le marcaba en la frente.

Un hombre alto, semirrubbio, delgado, bajo cuyo discreto traje se adivinaba una poderosa musculatura, penetró en el despacho.

—A sus órdenes, monsieur.

—Buenos días, Michel. Siéntese.

El recién venido tomó asiento, y el prefecto le tendió una carpeta donde no había más que dos papeles.

—Este es el *dossier* del que se va a ocupar usted. —Parece muy pequeño. No hay más que una denuncia y una diligencia policial. Y se refieren a... ¿A ver...? Una desaparición. ¿Es eso tan importante?

—Lo es. Monsieur André Gely, el desaparecido, fue un héroe de la Resistencia durante la ocupación alemana. Amigo personal del presidente De Gaulle, al que parece ser salvó una vez la vida. El subsecretario de la Presidencia ha estado aquí hace unos minutos. Hay un interés especial en que André Gely aparezca cuanto antes... vivo o muerto.

—¿Cree que pueden haberle asesinado?

—Yo no creo nada, Michel. Eso es cosa suya.

Michel apretó los labios.

—Y precisamente hoy... —susurró.

—¿Por qué dice eso?

—Hoy iba a casarme.

—¿Queeeeé?

—Le parecerá extraño, y me dirá que por qué no he pedido permiso antes, ¿verdad? Tiene razón. Pero es que el mío es un caso muy especial. Mi prometida tiene ya un hijo de doce años.

El prefecto arqueó una ceja.

—No me diga... ¿Y es suyo?

—No.

—La verdad es que no acabo de entenderle. ¿Va a casarse con una viuda? Usted es joven, Michel.

—Tengo la misma edad que mi prometida: Veintiocho años.

Cuando ella tenía dieciséis estaba haciendo un curso de periodismo en los Estados Unidos. Un fulano que se paseaba en «Cadillac» descapotable, que tenía una casa junto a la playa y un apartamento de soltero, la engañó. Parece que en las Universidades norteamericanas las costumbres no son... bueno, demasiado serias. Dijo que iba a casarse con ella, y mediante ese engaño, la llevó a su departamento. Una vez allí parece que llegaron a luchar, pero él consiguió lo que quería. Luego desapareció y no ha vuelto a saber de ese hombre.

—Y ella volvió a Francia tras toda clase de infructuosas gestiones, claro.

—Así es. Trabaja como tituladora y comentarista femenino en «France Dimanche». La conocí allí. Es una mujer generosa y buena, pero sobre todo me ha cautivado su hijo. Yo le he llevado a la escuela desde que él tenía cuatro años, ¿sabe? Y un día me salvó la vida tirando de mí cuando un camión iba a arrollarme. Ese pequeño necesita un padre.

El prefecto sonrió. Aquella sonrisa hizo que se borrara en un instante la gravedad de su rostro.

—Descubro en usted insospechadas debilidades. Michel. Usted, un «duro» que mató a un asesino a puñetazos...

—Fue un accidente. Le di un golpe desgraciado.

—Bueno, en este caso creo que no tendrá que emplear los puños.

—¿De modo que debo encargarme de esto a pesar de... lo que le he dicho?

—Lo siento, Michel. Es usted uno de los mejores agentes de la Prefectura de París, y además el único que tengo libre. Todos los demás están prácticamente ocupados en la protección del presidente De Gaulle contra los atentados. ¿A qué hora pensaba usted casarse?

—A las siete de la tarde, en el Sacré Coeur. Sin ceremonia ninguna. Incluso el pequeño ha ido a clase esta mañana, como todos los días.

—Quizá a las siete de la tarde haya podido averiguar algo, Michel.

El joven consultó su reloj.

—Es mediodía.

—Póngase en movimiento en seguida. Lea el *dossier* y quizá tendrá alguna idea. Yo poco más puedo decirle. Buena suerte e infórmeme el minuto de cada uno de sus pasos.

El prefecto volvió a prestar atención a los papeles que tenía sobre la mesa. La entrevista había terminado.

Si Michel tenía algo más que objetar, se lo calló. Apretó los labios y salió de allí sin murmurar una despedida.

Fue a su despacho y encendió un cigarrillo. Tenía que resolver aquel asunto a ser posible antes de las siete de aquella tarde. Pero verdaderamente la cosa era como para maldecir al destino.

Un fulano que desaparece por decirlo así cinco minutos antes de su boda... ¿Y qué? ¿No es eso muy frecuente? ¿No es eso lo que harían bastantes hombres si supieran que no van a encontrarlos?

Michel examinó el *dossier*. Nada; en realidad ni una pista. Lo más probable era que André Gely hubiera pensado ya fugarse cuando salió de su casa, pero al encontrarse inesperadamente con su viejo amigo Denis no tuvo más remedio que seguirle la corriente. Se hizo conducir a una casa cualquiera desde la que él supiese que podía salir por otro lado y dejó a Denis con un palmo de narices. Lo más probable es que ahora estuviese con otra mujer camino de cualquier pueblecito tranquilo de Normandía. Y Sigrid, la prometida, al cuerno. Los hombres que habían pasado su juventud matando no se detenían por detalles así.

¿Qué hacer? ¿Dar la descripción en todos los aeródromos y en todas las estaciones? Sería ridículo. ¿Y avisar a todos los gendarmes que patrullaban por las carreteras? Más ridículo aún.

Michel arrojó su cigarrillo furiosamente al suelo y se fue a casa de la mujer con la que iba a casarse aquella misma tarde.

De modo que un amigo personal del presidente De Gaulle... ¿Y qué? El presidente tenía docenas de amigos y centenares de enemigos. Si hubiera que buscarlos a todos en un momento dado, no bastaría con todos los agentes de policía de Francia.

En el pequeño departamento de la rue des Halles que ocupaba Monique, su prometida, no encontró a ésta. En el departamento sólo estaba el pequeño Gérard, quien por cierto tenía un aspecto muy extraño.

—Hola, Gérard. ¿No te encuentras bien? ¿Qué te ocurre?

—Tengo dolor de cabeza.

—Yo diría más bien que estás asustado. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No, claro que no.

Gérard trataba a Michel como un amigo y no como al hombre que iba a ser su padre. A Michel le gustaba aquello, y trataba también al pequeño como un verdadero amigo. Incluso a veces le pedía consejo.

—¿Qué harías tú en mi lugar, Michel? Tengo que encontrar a un hombre desaparecido antes de las siete de la tarde o aplazar mí

boda. Por cierto, ¿dónde está tu madre?

—Ha ido a comprar unas cosas que hacían falta.

—¿Ya has vuelto del Liceo?

—Sí. Y esta tarde no iré, claro. Porque supongo que me dejaréis acompañaros a vuestra boda.

Gérard se sentó en un borde de su lecho, y Michel le acompañó, pasándole una mano por los cabellos.

—Gérard... Ahora van a cambiar las cosas un poco, ¿sabes? Yo ya no seré más el amigo alegre que te traía golosinas y reía con mamá. Ahora me verás siempre aquí y deberás comprender que, aunque mamá me quiera, no por eso te querrá a ti menos. ¿Me prometes que no tendrás celos y que me seguirás considerando un amigo como hasta ahora?

—Sí, papá.

—No me llames «papá», porque eso suena a persona mayor. Yo quiero seguir siendo tu amigo. ¿de acuerdo? Y ahora dime por qué tienes esa mala cara.

—No me ocurre nada.

Michel se había fijado de un modo maquinal y distraído en la mancha que el pequeño tenía en la frente, pero ahora reparó mejor en ella.

—¿Qué es eso?

—Nada...

—A ver. Quizá te han atizado un golpe y tú ni siquiera te has dado cuenta.

—No, no había ningún golpe. Pero el dedo de Michel, al limpiar la frente del muchacho, dejó un residuo seco.

Lo miró con atención, y una pequeña arruga vertical se marcó en su frente.

—Esto es sangre, Gérard.

—Sí... Eso es lo que he imaginado en seguida.

—Si no has sufrido ninguna herida es que una gota de sangre ha caído sobre ti desde algún sitio. ¿Desde dónde?

El pequeño tragó saliva.

—Desde... una mano.

—¿Qué clase de mano?

—Una que estaba colgada sobre los que pasaban por la calle.

Michel frunció los labios, mientras arqueaba una ceja. No dijo nada, y en ninguno de sus gestos se traslucieron sus pensamientos. Pero él sabía que Michel siempre había sido un niño inquieto, imaginativo, demasiado dado a las fantasías. Cualquiera sabía la historia que él podía haberse inventado con aquella gotita de

sangre.

De todos modos, desde algún sitio había caído sobre él.

—¿Dónde está esa mano? —preguntó Michel.

—En el boulevard Montmartre.

—Por lo tanto, cerca de aquí...

—Sí, muy cerca. ¿Quieres que te acompañe?

Michel se puso en pie, mirando su reloj. Era ya casi la una. El día adelantaba y él estaba perdiendo el tiempo sin dar un solo paso.

—Tengo que irme, Gérard —susurró—. La gestión que me han encomendado es de lo más urgente, y si no la he terminado a las siete de la tarde habremos de aplazar la boda. Pensaba decirle eso a tu madre, pero ya que no está, ¿querrás decírselo tú?

—Sí, claro.

La expresión del muchacho seguía siendo asustada, pero Michel no tenía tiempo de prestar atención a aquello.

—No te muevas de aquí, Gérard. Y acuéstate un rato, anda. Te hará bien.

Gérard le acompañó hasta la puerta. Y cuando Michel hubo salido quedó pensativo durante largos minutos.

La mano...

Aquella mano colgada sobre el boulevard Montmartre le obsesionaba como una pesadilla.

Puesto que él tenía una llave de la casa y podía salir cuando quisiera, marchó a la calle. El cercano mercado de Les Halles estaba tranquilo a aquella hora, aunque algunas mujeres deambulaban ya por los cafés en espera de la animación de la tarde, cuando llegan los mayoristas y corre el dinero fácil. Un tibio y agradable sol acariciaba la calle.

De pronto el sol se oscureció y empezó a lloviznar.

Cada día llueve un poco sobre París.

Gérard echó a correr y fue al boulevard Montmartre. Una extraña emoción le encogía el pecho, pensando, no sabiendo bien por qué, que quizá la mano no estaría ya allí. Pero estaba, como estuvo en el mismo lugar desde apenas cincuenta años antes. Desde su dedo índice señalando hacia la calle goteaba impasible la lluvia.

Gérard se situó delante de aquel dedo, con las facciones ligeramente crispadas, esperando ver caer alguna nueva gotita de sangre.

Pero nada.

Sólo la lluvia goteaba de la solemne mano, de colores ya desteñidos, y a través del dedo índice caía sobre la calle.

Gérard miró la tienda.

No tenía nada de particular, y además la mano estaba sujeta al piso superior. Dentro de la mano no cabía un cuerpo humano que estuviese, sangrando, y además resultaba inverosímil que alguien lo hubiese puesto allí, a la vista de la inmensa muchedumbre que pasea por el boulevard Montmartre. Pero en cambio por el interior de alguno de los soportes, que eran de latón, sí que podía haberse deslizado aquella gota. Y los soportes estaban situados en el piso que daba sobre la tienda.

Gérard lo miró.

Un piso como otro cualquiera, de ventanas pequeñas, viejo, seguramente con paredes empapeladas al antiguo estilo y muebles hechos del siglo diecinueve. Daba la sensación de estar deshabitado, porque todas las ventanas aparecían cerradas.

Estos pensamientos pasaron por la mente de Gérard con la misma lucidez que si se tratara de un hombre ya experimentado. Y es que no era la primera vez que él reflexionaba sobre aquella mano. Había constituido su obsesión durante meses.

Entró en el portal.

Sólo una puerta en el primer piso, la que correspondía al lugar donde estaba la mano.

Gérard contuvo la respiración.

Aplicó el oído a la puerta, en la escalera penumbrosa, y no percibió el menor sonido. Todo parecía muerto. De pronto unos pasos quedos y rápidos sonaron al otro extremo de la hoja de madera.

Gérard se pegó inmediatamente a la pared, en el ángulo más oscuro, mientras la puerta se abría.

Del piso salió una mujer.

Gérard estuvo a punto de lanzar un grito, pero al final consiguió ahogarlo con un terrible esfuerzo de voluntad.

Quedó sin aliento, sintiendo que el corazón se le paralizaba.

¡Porque aquella mujer era su madre!

* * *

Descendió las escaleras con aquellos movimientos ligeros y graciosos que la convertían en una mujer de aspecto cada vez más juvenil, a la que los hombres codiciaban. Porque Monique era hermosa cuando estaba quieta, pero ganaba una gracia indefinible cuando sus esbeltas piernas estaban en movimiento. Vestida con un elegante traje sastre, desapareció de la vista del muchacho.

Salió a la calle pasando por debajo de la mano, a la que no

dirigió una sola mirada.

Había dejado de llover.

Gérard, tanteando las paredes, se acercó a la puerta, que no había sido cerrada. La empujó, y la hoja de madera cedió sin un quejido. Vio el pasillo largo, penumbroso, del piso entresuelo, al que la luz sólo llegaba de una manera oblicua. Como había supuesto, los muebles eran antiguos. Gérard sólo había visto muebles así en películas que recogían ambientes del pasado siglo.

Oyó pasos.

Alguien se aproximaba hacia la puerta, viniendo de una de las habitaciones interiores, Gérard, valiéndose de su pequeño tamaño, pudo desaparecer tras un sillón. Vio avanzar a un hombre alto, fuerte, rubio, con aspecto germánico. Vestía pantalones grises y un grueso jersey negro.

Lanzó en voz baja una maldición, referente a las personas que descuidaban cerrar las puertas, y dio una vuelta a la llave, llevándosela a continuación en el bolsillo.

Gérard se sintió acorralado. Notó que unas gotitas de sudor frío nacían en su frente.

Sin aquella llave, él no podría jamás salir de allí. Estaba cazado en la trampa.

Sin embargo, aún fue de puntillas a la puerta e intentó abrir, pero sin resultado.

Había caído.

La única ventaja era que el tipo rubio aún no sabía que él estaba allí, y Gérard decidió aprovecharla. Se sorprendió de la facilidad con que razonaba y de la calma maravillosa con que, a pesar de todo, funcionaban sus nervios. Quizá porque la idea de la muerte es tan lejana y extraña a los niños, Gérard no pensó ni por un momento que pudieran capturarlo. Resolvió ir a las habitaciones del lado izquierdo de la casa, que darían a la calle. Saltar desde un entresuelo no resultaría, después de lodo, demasiado peligroso. Y además podía descolgarse por la mano...

Un escalofrío le recorrió.

Pensar que él podía sujetarse a aquella mano enorme, colgada sobre la calle, le producía angustia. Y sin embargo, comprendía que seguramente no iba a tener otro remedio.

Avanzó poco a poco por el pasillo, intentando llegar hasta una de las habitaciones del fondo izquierdo, que era el lado contrario a aquél por donde había aparecido el rubio.

Una débil claridad, proveniente de las ventanas semicerradas, se filtraba en forma de rayos lechosos.

Gérard llegó a la habitación.

Esta era muy grande, casi enorme, y estaba vacía, a no ser por una gran cesta de mimbre que estaba colocada en su centro.

* * *

De debajo de la cesta de mimbre partía un leve reguero de sangre que ya se había secado. Ese reguero llegaba hasta una de las paredes, donde precisamente estaba sujeto el soporte inferior de los que sujetaban la mano.

Como el soporte de latón estaba empotrado en la pared, uno de sus extremos rozaba el suelo de la habitación. No era aventurado suponer que unas gotas, sólo unas pocas, podían haberse deslizado por allí, cuando la sangre aún estaba fresca, o cuando alguien arrojó sobre ella un poco de agua, lo que la hizo circular.

Gérard sentía que el corazón le hacía daño en el pecho. Y no llegaba a comprender que aquel zumbido sordo, terrible, que él creía escuchar fuera, estaba dentro de su propio cráneo.

Ahora ya lo había descubierto todo. Sólo le faltaba levantar la tapa de la cesta.

Se acercó poco a poco, tambaleándose casi.

El silencio en la casa era absoluto.

La tapa de la cesta no estaba sujeta. Para levantarla bastaba tirar de ella. Gérard se detuvo un momento, a reunir fuerzas, antes de hacer aquel movimiento decisivo.

Levantó la tapa.

Dentro estaba un cadáver, el cadáver de un hombre bien vestido, pero con las ropas manchadas de sangre, cabellos ligeramente grises en las sienes y ojos espantosamente abiertos.

Un cadáver que parecía mirarle.

Ahora Gérard sí que no pudo más, y con los puños apretados a la altura de sus ojos, tuvo que lanzar un espantoso grito.



Quedó paralizado al ver salir a su madre...

CAPÍTULO IV

Inmediatamente se oyeron pasos hacia el otro lado del piso. Gérard dejó caer la tapa.

El cadáver desapareció, pero en el último instante el leve chasquido de la caja pareció transmitirse a todo su cuerpo.

El hombre rubio al que Gérard ya había visto antes, emergió como una aparición de las sombras que había al fondo del piso. Llevaba en la mano derecha una pistola con silenciador acoplado. Gérard conocía aquellos artefactos porque una vez Michel le enseñó el suyo e incluso le explicó su funcionamiento.

Por eso se dio cuenta de que lo que había hecho aquel hombre con la mano izquierda, como si tirase hacia atrás del cañón del arma, era montarla. Ahora ya podía disparar.

Gérard, boqueando angustiosamente, tomó una decisión. En realidad ya lo había pensado antes. No tenía más remedio que saltar por la ventana.

La abrió.

La limpia luz del sol después de la lluvia entró por la ventana, y Gérard vio la enorme mano apenas a dos metros. Pasó una pierna por encima de la barandilla y se apoyó en los soportes de metal.

Debajo, apenas a seis metros deambulaba la gente del boulevard Montmartre. Algunos rostros sorprendidos se alzaron para mirarlo.

Gérard volvió la cabeza hacia el hombre rubio, y se dio cuenta de que le estaba ya apuntando. Podía disparar en cualquier momento sabiendo que no fallaría, pero no se atrevió a hacerlo. Matar a Gérard allí hubiera sido lo mismo, que asesinarlo a la vista de todo el mundo en pleno boulevard. El muchacho, deslizándose sobre los soportes, llegó a la mano.

Esta parecía más enorme cuando se estaba junto a ella, y su superficie resbalaba a causa de la lluvia. Gérard vio que debajo se había formado un pequeño grupito de gente. Corría un gendarme.

Sujetándose a la mano, intentó llegar hasta el enorme dedo para que la caída no fuese desde tanta altura, pero resbaló y se desplomó sobre la calle. Algunas manos se tendieron hacia él, aminorando la caída, pero nadie pudo impedir que chocase contra el suelo. A Gérard le pareció que su cabeza estallaba en cien pedazos. Lanzó un grito ronco, o al menos creyó que lo lanzaba, y perdió el sentido.

Michel llegó ante la casa de la rue Vaugirard.

La policía ya había estado allí, de modo que era más que improbable que lograra nada. Pero tenía que empezar las investigaciones por algún sitio, y la rue Vaugirard era uno tan bueno —o tan malo— como cualquier otro.

Subió al tercer piso y pulsó el timbre. Se dio cuenta de que no funcionaba. O existía una avería o, quienquiera que fuese, había preferido que allí se hiciese el menor ruido posible.

Aunque no tenía mandamiento judicial ni nada que se le pareciese, Michel empleó una ganzúa y pronto se franqueó la entrada. El interior consistía en tres piezas decorosamente amuebladas, en las que imperaba el silencio. La luz de la calle penetraba tamizada a través de unas suaves cortinillas blancas. Se estaba bien allí, aunque parecía flotar sobre el conjunto un extraño olor a muerto.

—¿Buscaba algo, señor?

Michel se volvió. Se volvió demasiado bruscamente, según su propia opinión.

«Debo estar demasiado nervioso», gruñó.

Un tipo vestido con pantalones de dril azul y un jersey claro estaba en el umbral. Llevaba en la mano un cubo de plástico y sonreía de una forma estúpida.

—Policía —dijo Michel.

—Sus amigos ya han estado aquí antes.

—Sí. Supongo que buscaban a una tal Sigrid Larsen. Usted es el portero, ¿no?

—Para servirle, señor.

—¿Qué sabe usted de Sigrid Larsen?

—Nada, señor. Nadie con ese nombre ha alquilado este apartamento. Sus amigos me enseñaron incluso una foto, pero yo respondí que a esa señorita no la había visto nunca.

—¿Quién alquiló este apartamento?

—Una dama de unos cincuenta años. Lo tiene alquilado hace cosa de dos semanas. Sólo sé de ella que se llama señorita Mercier.

Michel, sin decir palabra, entró en el dormitorio seguido por el portero. En uno de los armarios había ropas de color oscuro y zapatos de tacón bajo, más o menos apropiados al gusto de una señora de cincuenta años. También había ropa interior anticuada y gruesa, de esa que a los hombres no nos gusta.

—¿Puede avisar a la inquilina? —preguntó Michel—. No tengo

mandamiento judicial y quisiera pedirle permiso para registrar esta casa.

—La señorita Mercier está de viaje, señor. Ignoro dónde puedo encontrarla ahora.

—¿Con quién han hablado los agentes que han estado antes?

—Conmigo.

—¿Y qué les ha dicho?

Michel tenía todos aquellos datos en el *dossier*, pero quería ver si aquel hombre incurría en alguna contradicción, por insignificante que fuese.

—Les he dicho que no vi entrar al señor ese que dicen que ha desaparecido, el señor André Gely. Y que, desde luego, aquí no vivía la señorita que decían iba a casarse.

Michel encendió un cigarrillo.

—Está bien; voy a registrar esto aunque sea sin autorización judicial. Naturalmente es usted muy libre de decirlo a la inquilina cuando la vea. ¿Quiero tomar mi nombre?

—No es necesario, señor... mientras no se lleve usted nada.

Michel hizo un ademán con la mano derecha, como si espantara una mosca, y dijo:

—¡Oh...!

Cuando el portero se fue, empezó a registrar concienzudamente las piezas. Todo correspondía, basta en los menores detalles, a los gustos de una mujer que ha cumplido ya los cincuenta años. Intentó hallar un retrato de Ja inquilina, la señorita Mercier, pero no dio con ninguno. Entonces examinó la cocina.

No había nada de particular en ella, excepto el pequeño ascensor para las basuras, perfeccionamiento que resultaba un poco extraño en una casa antigua como aquella. Incluso parecía haber sido ampliado y mejorado recientemente, porque el marco era nuevo, y Ja plataforma de gran resistencia. Michel se dijo que tal vez por allí podía haber sido bajado un hombre.

Arrojó el cigarrillo, mientras un sabor amargo le subía a la garganta.

Probó.

Se puso en la plataforma y sacando la mano, apretó el botón. El casi no podía descender y se hacía daño contra las paredes, pero para un muerto aquello no hubiese tenido la menor importancia. Sacó su encendedor y mientras bajaba, intentó ver si en las paredes había algo anormal.

Vio un debilísimo rastro de sangre.

El encendedor se apagó al llegar abajo.

Michel se dio cuenta de que sudaba copiosamente, a pesar de que no hacía calor. Tenía el cuello de la camisa pegado a la garganta.

Por lo menos ya había averiguado algo muy importante: Denis no había mentido. André Gely había penetrado seguramente en aquella casa, había sido asesinado en ella y probablemente bajado por la plataforma de descenso de basuras que él estaba empleando ahora. Eso arrojaba una nueva luz sobre el asunto. Habría que recoger algunas muestras de aquella mancha de sangre, hacerla analizar, y si el resultado era positivo, dar a toda la policía de Francia orden de busca y captura de aquella tal señorita Mercier.

Eso también transformaba el asunto que le habían encomendado. Ya no se trataba de la búsqueda más o menos rutinaria de un desaparecido, sino de un crimen. Estaba visto que no iba a poder casarse a las siete de la tarde.

Sin embargo, ahora ya no le importaba. Ahora ya todo tenía un aspecto distinto.

El montacargas se detuvo.

Michel se dio cuenta de que tenía una portezuela a mano izquierda, la que probablemente daba a la portería, para que el tipo del jersey claro pudiese retirar los cubos y entregarlos al servicio de limpieza. Pero más allá había también otra pequeña portezuela, que seguramente daba a la tienda de antigüedades que había junto al portal. Michel tanteó y vio que estaba cerrada.

A causa de la hora, probablemente la tienda estaba cerrada también. Buen momento para registrarla, si no había nadie dentro.

Michel forcejeó, empleando también la ganzúa. Trabajó febrilmente porque se estaba asfixiado dentro de aquel pozo.

Abrió.

Más allá estaba un inmenso almacén de antigüedades, con las puertas cerradas. En el almacén había ese ambiente entre terrorífico y delicioso que sólo tienen las casas de antigüedades de París. Se amontonaban allí desde tricornos del Primer Imperio hasta miriñaques y abanicos del tercero, junto con una gran cantidad de figuritas de porcelana y marfil, anillos de otras épocas y cuadros entre los cuales los compradores tenían la ilusión de encontrar un Rembrandt o un Goya.

Pero Michel no buscaba eso, sino algo mucho más barato: manchas de sangre.

Como la parte donde se encontraba era la más oscura de la tienda, hizo brotar otra vez la llama de su encendedor a gas. No vio nada de anormal en las paredes ni en el suelo.

Se enderezó.

Pero aún no había terminado de hacerlo del todo cuando sintió el contacto frío, glacial, del cañón de una pistola al posarse en su nuca.

CAPÍTULO V

El pequeño Gérard recobró el conocimiento en el Hotel Dieu, el mayor hospital de París. Se dio cuenta en seguida de que tenía la cabeza vendada, porque no notaba el contacto de su nuca con las ropas. Alrededor de su lecho vio a dos gendarmes con rostros gruesos y bigotes, como pertenecientes a otra época.

Un hombre con bata blanca se acercó.

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Bi... Bien.

Se volvió hacia los gendarmes.

—No tiene ninguna herida grave, salvo las contusiones normales en una caída de esa clase. Pueden interrogarle, pero por favor, no se pongan pesados con él. Recuerden que es un niño.

—Claro que sí. Sólo queremos completar los datos para la denuncia.

Los gendarmes empezaron con suavidad, cuando el médico se retiró, pero progresivamente sus caras fueron endureciéndose. Sin duda consideraban a Gérard un pillete.

—Vamos a ver. ¡Nombre!

—Gérard Bastié.

—¿Dónde estudias? Tú estás en la edad de la instrucción obligatoria. ¡Vamos, habla!

—Liceo Pasteur.

—¿Por qué entraste en aquella casa?

—Había...

De pronto Gérard se interrumpió. Una sensación de angustia le atenazó, la garganta. Hizo un esfuerzo para respirar y durante unos segundos no pudo.

El hombre rubio estaba allí.

Llevaba el mismo jersey y los mismos pantalones que cuando él entró en la casa. Naturalmente no exhibía ninguna pistola, pero sus ojos pequeños y duros estaban clavados en el rostro de Gérard con una expresión inhumana.

—¿Qué había allí? —preguntó uno de los gendarmes—. ¡Habla!

Gérard tragó saliva dificultosamente.

El rubio no dejaba de mirarle.

—Debía haber algo que quería robar —dijo con lentitud aquel hombre—. Seguro. Ya saben ustedes cómo son estos aprendices de

hombre de nuestra época. No respetan nada, y les parece que introducirse en un piso cerrado es la cosa más natural del mundo. Pero nunca les dirá lo que quería robar, o en todo caso estoy seguro de que les dirá una mentira.

Uno de los gendarmes asintió en silencio.

—Usted es el denunciante, ¿verdad?

—Exacto.

Gérard apretó los labios al darse cuenta de la encerrona en que lo habían metido. No sólo aquel hombre evitaba por el momento la acusación, sino que a su vez se había convertido en acusador. Ahora resultaba que él era un ladronzuelo que había entrado para robar en la casa.

—Tiene usted derecho a mantener la denuncia si quiere —dijo el gendarme dirigiéndose al hombre rubio—. En ese caso puede que el muchacho quede bajo la jurisdicción de un Tribunal de Menores. Pero en el fondo creo que es una chiquillada.

El rubio se encogió de hombros.

—Bueno. Si ustedes lo dicen...

—¡Nosotros no decimos nada! ¿Mantiene la denuncia o qué? ¿Le robaron o no le robaron algo?

—Veo que ustedes no tienen ganas de complicarse la vida. Está bien. Retiro la denuncia.

—De todos modos le haremos ficha, descuide —dijo uno de los gendarmes—. A ver... ¿dónde vives?

—513, Boulevard Montmartre.

Inmediatamente Gérard se dio cuenta de que había cometido una equivocación, al ver el brillo de los ojos del rubio. Pero ya era tarde para rectificar. Ahora aquel hombre ya conocía su domicilio. Conocía también el lugar donde estudiaba y por tanto conocía dos lugares seguros para intentar liquidarle.

Unas gotitas de sudor frío nacieron en sus sienes y en las comisuras de sus labios.

El gendarme cerró su bloc.

—De acuerdo —dijo—. En tu casa sabrán lo que has hecho, muchacho, y tendrás además una bonita ficha. Si vuelves a insistir, nadie te salvará del correccional. Vamos.

Fueron a salir todos. Gérard preguntó:

—¿Cuándo saldré de aquí?

—Eso depende del médico, pero quizá salgas mañana mismo. Más daño te tenías que haber hecho.

Gérard estuvo tentado de gritar: «¡Ese hombre no es más que un vulgar asesino! ¡Tenía un cadáver en su propia casa!» Pero no se

atrevió. Supo que no se atrevería a nada mientras el hombre rubio estuviese todavía allí, taladrándolo con los ojos.

Por otra parte, él no era tonto y se daba cuenta de que ya había transcurrido demasiado tiempo. Por un procedimiento u otro, la cesta habría sido retirada de la habitación. Aunque la policía tomase en cuenta sus palabras e hiciera un registro, nada encontrarían. Y entonces su situación iba a ser aún mucho más difícil.

Apretó los labios.

Todos desaparecieron tras la puerta, y entonces Gérard se dio cuenta de que estaba en una habitación individual. Tuvo un escalofrío, porque hubiera preferido estar en una sala general. Al menos allí nadie hubiera podido intentar nada contra él, ante docenas de testigos.

El médico entró.

—¿Van a dejarme salir pronto, doctor?

—No tienes ninguna herida grave. Estarás aquí veinticuatro horas en observación, por si acaso. Mañana saldrás.

—¿Puedo... avisar a mi madre?

—Ya se encargará la policía de eso. Precisamente tienen que transmitir la denuncia.

—Comprendo...

Gérard sentía un terrible dolor en las vísceras al pensar que había visto salir de aquella casa a su propia madre.

—Ahora necesitas descansar —dijo el médico suavemente.

—Pero si me encuentro bien...

—Estás muy nervioso.

—Es natural, ¿no cree?

—Un poco de sueño te hará bien.

El médico empezó a preparar una jeringuilla. Gérard levantó las manos, intentando detenerle.

—No me duerma... ¡Noooo!

—¿Pero por qué no? ¿Qué te ocurre? ¿Ves como estás muy nervioso?

El médico destapó de pronto a Gérard y le clavó la inyección en el muslo, con habilidad y fuerza.

—Vamos... Duerme... Duerme...

Gérard sintió que un extraño sopor le invadía por momentos, se dio cuenta de que todo perdía importancia, de que se iba...

Lo último que vio fue abrirse la puerta de la habitación y al hombre rubio entrar sigilosamente en ella.

Luego nada.

El mundo entero dejó de existir para Gérard.

CAPÍTULO VI

Michel comprendió al instante que lo que se había posado en su nuca era el cañón de una pistola. Alzó las manos suavemente.

La pistola descendió hasta sus riñones, porque para el que le apuntaba era mucho más cómodo encañonarle así, y creía tener más facilidades para apretar el gatillo.

Pero se equivocaba.

Michel se volvió bruscamente, según la más depurada técnica, y clavó la mano derecha, de canto, en la muñeca armada de su enemigo. La bala le rozó la cadera y fue a perderse contra una de las estatuillas de falso marfil, que se hizo pedazos.

Como la pistola estaba provista de silenciador, sólo se oyó un «chop» que no debió trascender a la calle.

Una segunda fase de la maniobra consistió para Michel en sujetar con ambas manos la muñeca derecha de su enemigo, y voltearle con todas sus fuerzas, apoyándole el brazo en los hombros. El enemigo, un tipo joven y fuerte, tuvo que saltar para que su brazo no quedara hecho pedazos. Entonces Michel le golpeó con una puntera en la sien para hacerle perder el sentido, mientras él sacaba su propia pistola.

Pero no tuvo tiempo.

De pronto la culata de otra arma se abatió sobre su nuca, y Michel cayó hacia adelante lanzando una maldición.

Otro golpe y perdió el sentido. Lo último que llegó a ver fue el suelo que ascendía vertiginosamente hacia sus ojos.

* * *

Al despertar, vio una cosa mucho más agradable.

Unas piernas.

Las piernas estaban enfundadas en finas medias de a fortunón el par, y terminaban en unos zapatitos tan pequeños y de tacón tan alto que parecía increíble que alguien pudiera sostenerse en ellos. Aquellas piernas estaban cruzadas y por el extremo contrario a los zapatos —pero muy arriba— terminaban en el borde de una falda negra.

Michel se pasó una mano por los ojos.

Existen mujeres a las que hay que reconocer por la cara, pero a

otras se las reconoce mucho más fácilmente por las piernas.

Y la que Michel tenía delante, sentada en una silla, correspondían a este último grupo.

Por eso dijo simplemente:

—Hola, Sandra.

Sandra se puso en pie. Sus piernas resultaban tan bonitas así como cruzadas. Caminaba con soltura a pesar de sus zapatitos. Llevaba un abrigo corto bajo el que asomaba la falda negra, en lana gruesa. Se había teñido los cabellos de rubio, pero era igual. Seguía siendo la misma.

—¿Me has atizado tú? —siguió preguntando Michel.

—Yo misma.

—Lo haces muy bien.

—Eso ya deberías saberlo.

Michel intentó ponerse en pie y lo consiguió, pero a costa de advertir que tenía las manos atadas a la espalda. Unos hilillos de sangre debían correr por su nuca. Echó la cabeza hacia atrás.

Había dos tipos más en el local, y uno de ellos le apuntaba con un juguete del 7'65.

—¿Qué haces aquí, Sandra? ¿Qué infiernos has venido a buscar a París?

—Soy yo la que pregunta. Siéntate.

Michel lo hizo en la silla que ella había ocupado hasta segundos antes.

Sandra se acercó a él, balanceó la «Luger» con la que antes le golpeara y le miró con sus inquietantes ojos negros.

—¿Y tú? ¿Qué buscas aquí, Michel?

—Me han encargado investigar la desaparición de un hombre.

—¿Quién?

—André Gely.

La mujer guardó su pistola en un largo bolso que colgaba de uno de sus hombros mediante una tira de piel.

—¿Quieres vivir, Michel?

—Todo el mundo quiere vivir.

—Entonces vas a telefonear a tus jefes. Vas a decirles que una pista te obliga a salir de París y que es posible no puedas darles noticias durante dos días. Claro que en realidad tú no saldrás de París, sino que te quedarás aquí. Ese es el tiempo que necesitamos.

¿Y después quedaré libre?

—Después ya no tendrá importancia nada de lo que ocurra.

Michel apretó los labios.

—Me ha bastado verte para saber que éste es un asunto de la

mayor importancia, Sandra. Tú no estarías metida en un asunto de tres el cuarto. Desde que tuviste uso de razón trabajas siempre a lo grande, en cosas que proporcionen millones. André Gely no valía tanto. Era un individuo que se dedicaba a vivir lo mejor posible trabajando lo menos posible, y no había en todo Francia quien pudiera pagar diez centavos por su muerte. Tú al menos habrás cobrado cien mil francos nuevos; de lo contrario no trabajarías en este asunto. ¿Por qué? ¿Tan importante es? ¿Qué demonios hay de grande en este endemoniado caso?

Sandra rió suavemente.

—¿Pretendes que yo, conteste a todas tus preguntas? ¿No eres tú el encargado de buscar una respuesta?

—Sí. Y ya lo estaba haciendo cuanto tú me has abierto los ojos. Con tu sola presencia me has demostrado que éste es un asunto mucho más importante de lo que creía.

Michel vio cómo se apretaban los finos y crueles labios de Sandra.

—¿Por qué no me habéis matado? —preguntó.

—No debiste haber permitido que te viese, Sandra. Yo hubiera seguido investigando esto como un crimen vulgar, y ahora ya no puedo hacerlo. Ahora me doy cuenta de que es un asunto por el que vale la pena movilizar a toda la policía de Francia. Aún estás a tiempo de decir a tus amigos que aprieten los gatillos, preciosa. ¿Pero para qué hablo? Estoy seguro de que todo eso lo has estado pensando tú ya.

—Sí, cariño, ya lo he pensado —dijo Sandra.

Y añadió, mientras se miraba con indiferencia las costuras de sus medias:

—No te he hecho matar porque ello llamaría igualmente la atención de la policía, haciéndole darse cuenta de que se halla ante un asunto de envergadura. Me resultas mucho más útil vivo si aceptas mis condiciones. Deberás telefonear diciendo que has hallado una pista fuera de París y que la sigues, pero que es muy probable que en dos días no puedas dar noticias. De ese modo nadie más investigará, y el asunto quedará parcialmente olvidado, puesto que se supondrá que tú ya lo llevas. Dentro de cuarenta y ocho horas te dejaremos en libertad y cuentas lo que te venga en gana. Entonces ya nada tendrá ninguna importancia.

Michel entrecerró los ojos.

Cuarenta y ocho horas...

En ese tiempo tenía que ocurrir algo muy importante, algo que no podía imaginar siquiera, pero que seguramente cambiaría el

destino de Francia. De otro modo Sandra no hubiese intervenido.

El la había conocido en otro tiempo, dos años antes, cuando estaba afecto al Deuxième Bureau, más o menos el equivalente francés del C.I.A. yanqui y del Intelligent Service británico. En aquel tiempo Sandra había intervenido en dos casos importantes de espionaje relacionados con la Conferencia de Desarme y con unos posibles pactos secretos de alianza entre la China de Mao-Tsé-Tung y la China de Chiang-Kai-Chek. Aquellos servicios le habían representado probablemente más de medio millón de dólares. Y lo curioso era que la primera vez había trabajado para los occidentales y la segunda para los rusos, según quien le pagaba mejor. Sandra, que era de nacionalidad austríaca, no tenía raza ni tenía patria. Para ella sólo importaba el oro, que no tiene nacionalidad ni color. Alguien le había encargado ahora lo que estaba detrás del asesinato de André Gely, y ese alguien manejaba fortunas, pero Michel no podía comprender para qué. Sólo sabía que antes de cuarenta y ocho horas iba a suceder algo irremediable.

—Yo no pacto con asesinos —dijo en voz baja. ¿Mataste tú a André Gely?

—No.

—¿Hasta qué extremo puedo creerte?

—Este es un punto en el que no gano nada mintiendo. A André Gely no lo maté yo, puedes creerme.

Michel apretó los labios.

—Está bien; trato hecho. Marcad vosotros mismos el teléfono de Prefectura. He de dar mis noticias al mismísimo prefecto de París.

Sandra no se extrañó.

Marcó el número, que parecía conocer de memoria, y pasó a Michel el auricular de un teléfono que estaba sobre una repisa, cerca de la caja registradora.

Michel pidió comunicación directa con el prefecto, y cuando la hubo obtenido explicó, tal como pedía Sandra, que había dado con una pista fuera de París y que iba a seguirla, pero que probablemente estaría cuarenta y ocho horas o más sin poder dar noticias.

Sandra escuchaba la conversación por un teléfono supletorio.

—¿No puede explicarme en qué consiste esa pista? —preguntó el prefecto—. Es posible que él subsecretario de la Presidencia me pida noticias más concretas.

—Sólo puedo decirle que consiste en seguir a una persona de mucho relieve. Por teléfono, aunque usted emplee una línea privada, no puedo darle su nombre.

—De acuerdo, pero no tarde dos días en darme noticias. Las necesitare mucho antes.

Procuraré complacerle, señor.

Colgó.

Sandra colgó también el supletorio.

—Lo has hecho estupendamente, cariño.

—No me quedaba otro remedio. Si no lo llego a hacer así, vosotros me hubieseis liquidado. Ya he dado por supuesto que esa «colaboración» era el precio que tenía mi piel.

—¡Qué listo eres, Michel! Desde que te conocí hace dos años en Ginebra me lo he repetido muchas veces. Da gusto trabajar contigo.

Se sentó en otra silla, cruzó las piernas sugestivamente y añadió:

—Como es lógico, ahora tú estarás pensando: «Tengo menos de cuarenta y ocho horas para evadirme. Si no lo consigo, sucederá algo irremediable». No soy tonta y sé que has aceptado colaborar con esa idea. Pero tengo que hacerte una advertencia, Michel: no conseguirás nada. Voy a dejar dos hombres para que te vigilen día y noche. Si haces algo que no les guste, te matarán.

Michel lo sabía.

Sabía que en asuntos de tanta importancia como aquél no se iba a detener nadie ante la vida de un hombre. Le matarían si intentaba algo. ¡Y sin embargo, tenía que intentarlo!

¡Qué lejano y qué remoto le pareció su intención de casarse aquella misma tarde, a las siete, en el Sacré Coeur!

Era como si aquel proyecto hubiese tenido lugar en una época ya completamente olvidada de su existencia.

—No me cabe la menor duda de que tomaréis vuestras medidas —dijo por entre sus dientes apretados.

Sandra se tensó una media, mientras sonreía burlonamente al hombre.

—Adiós, cariño.

Abrió la puerta de la calle, descorriendo el cerrojo, y salió. Los cristales esmerilados no dejaban ver nada desde el exterior. La puerta volvió a cerrarse y uno de los hombres corrió el cerrojo.

Silencio.

Michel meditaba febrilmente mientras las estatuillas de falso marfil le contemplaban inexpresivas. No sabía hasta qué punto podía fiarse de la palabra de Sandra. El había jugado la baza que tenía que jugar, pero con todos los riesgos. Ahora que el propio prefecto sabía que era posible que estuviese dos días en silencio, sin dar noticias, nada se oponía a que aquellos tipos se asegurasen matándole.

Sandra sería en aquel caso una perra maldita, pero...

¿Pero de qué sirve maldecir desde el otro mundo a una mujer, cuando ni siquiera sirve de nada maldecirla en éste?

Los hombres se acercaron.

Llevaban en las manos sus armas.

Pistolas del nueve largo con silenciador acoplado.

CAPÍTULO VII

El hombre rubio penetró silenciosamente en la habitación justo en el momento en que Gérard cerraba los ojos y perdía por completo el conocimiento.

El médico le miró.

—¿Qué quiere usted?

—Sólo ver a ese muchacho. Se cayó desde mi casa, ¿sabe? Me siento responsable.

—No le ocurre nada.

El hombre rubio se acercó al rostro de Gérard.

—Sí, ya veo... Respira normalmente. ¿Pero ya le han vigilado la temperatura, doctor? ¿No surgirán complicaciones?

El médico miró con un gesto maquinal la tablilla de temperatura que pendía de los pies de la cama, por si la ayudante de turno había puesto algún dato.

—No hay nada —dijo secamente.

Le fue imposible ver cómo, en el intervalo, el hombre ponía una pequeña cápsula de gelatina entre los dientes entreabiertos de Gérard. Aquella cápsula desapareció al instante sobre la lengua del niño.

Cuando la gelatina se deshiciese con el calor de la boca, el líquido que contenía la cápsula pasaría a la garganta del niño y éste lo tragaría mecánicamente. Era ácido prúsico. La mitad de una gota bastaría para que muriese como fulminado por un rayo.

El médico dijo:

—Vamos. Tiene que salir de aquí.

—Claro que sí. Sólo era una cuestión de conciencia. Le acompaño con mucho gusto, doctor.

Salieron, y el rubio desapareció entre el dédalo de corredores del inmenso Hotel Dieu.

Gérard, en su lecho, hizo un gesto mecánico, apretando los dientes.

La cápsula todavía dura se mantuvo flexible, sin romperse.

Gérard apretó los dientes otra vez.

—En aquel momento se abrió la puerta y entró una mujer.

Era una mujer de unos veintiocho años, alta, flexible, elegante, con ese aire especial y ese encanto que sólo saben tener algunas mujeres de París.

Miró al niño, y una mueca de angustia se dibujó en sus labios.

Corrió hacia él.

Justamente cuando Gérard se disponía a masticar, molesta por aquella cosa flexible que tenía en su garganta, la mujer vio hasta el fondo de su boca.

Lanzó un grito e introdujo los dedos índice y pulgar entre los dientes de Gérard, con un movimiento lleno de maestría. Retiró la cápsula cuando ésta apenas tenía el grosor de una centésima de milímetro. Con un gesto de asco, la arrojó al lavabo y la cápsula se reventó. La mujer hizo correr el agua para que todo desapareciese.

Una mueca de angustia, de desesperación y de horror se dibujaba en su bello rostro.

De repente se abrió la puerta. Un hombre vestido con bata blanca apareció en el umbral.

—¿Quién es usted? —susurró—. ¿Por qué ha entrado en esta habitación?

—Soy la madre de este niño.

—¿No sabe que en esta parte del hospital no se puede entrar sin permiso?

—Es que... Bueno, un policía me dijo lo que había ocurrido. Yo no sabía qué hacer.

Las facciones del hombre de la bata blanca se dulcificaron un poco.

—Está bien. Ya ha visto que al chico no le ocurre nada.

—¿Puedo llevármelo?

Depende de si hay denuncia. Espere.

El hombre de la bata blanca desapareció y se puso a manipular en un despacho contigo.

—No hay denuncia. Puede llevárselo, aunque debería estar veinticuatro horas sometido a observación. Tráigalo mañana a reconocimiento o deberá pagar una multa.

—Lo haré, descuide.

La mujer estaba tan ansiosa que incluso contenía la respiración.

—Necesitará un taxi, claro, y alguien que la ayude. Al chico acaban de ponerle una inyección.

—Sí... Naturalmente que lo necesitaré. ¿Puede usted procurarme todo eso, por favor? Pagaré lo que sea.

—Llamaré a un mozo.

Instantes después, Monique tenía a su hijo, aun inconsciente, en el interior de un taxi. Se estremecía de horror al pensar que ahora podía estar muerto, sólo con que la cápsula de ácido prúsico se hubiera roto. Sin embargo, no hizo ninguna denuncia ni habló una

sola palabra.

Llegaron a la casa, y el mozo le ayudó a subir al pequeño. La rue des Halles estaba más animada. Se habían abierto los bares, y algunas mujeres sentadas exhibían sus pantorrillas. Pero a Monique le pareció que sobre todo aquel ambiente flotaba un extraño olor a muerte.

Puso al niño en una cama y luego fue a su dormitorio, abriendo la puerta.

La volvió a cerrar inmediatamente, con una intensa palidez.

Fue al mueble bar y se preparó un vaso de coñac completamente lleno. Lo bebió de un sorbo. Su garganta quedó abrasada, pero no por eso Monique se sintió con más fuerzas.

Se sentó en una silla, abrumada, y empezó a pensar.

Sus ojos se fueron volviendo vidriosos. El crepúsculo, un crepúsculo dulce y suave, cayó sobre París.

Llamaron a la puerta.

Monique abrió, creyendo que era Michel, y se encontró con un tipo grueso, alto y fuerte, de unos cuarenta y cinco años, que lucía un impecable traje de lana gris cortado a medida. El hombre llevaba un sombrero flexible en la mano y sonreía amistosamente.

—¿Mademoiselle Dominique Bastié?

—La misma. ¿Qué... desea?

—Le ha sido concedido el préstamo que usted, solicitó a la Banca Arnaud. Eran quince mil francos fuertes, ¿verdad? ¿Ya ha contraído matrimonio?

—No... Debo casarme... a las siete de la tarde.

—Entonces celebro haber llegado a tiempo. Usted ya debía creer que su préstamo no iba a serle concedido, ¿verdad? Es qué teníamos que hacer una información. ¿Puedo pasar? Necesitaré usted firmarme un documento.

—Sí, naturalmente.

Monique no había vuelto a pensar en aquel préstamo que solicitó para hacer frente a los próximos gastos de los estudios y vestuario de Gérard, pues en los preparativos de la boda se le habían ido sus pocos ahorros. Ahora estaba como aturdida. Hizo pasar al hombre.

—Aquí tiene. Sus quince mil francos fuertes. Cuéntelos, por favor. Y el documento de crédito. Debe usted devolver doscientos sesenta y cinco francos al mes, comprendidos intereses.

—Comprendo...

Monique firmó. Sentía clavados en ella los ojos escrutadores del hombre.

Al levantar la cabeza le miró con atención.

—Perdón. ¿Usted no es el propio... monsieur Arnaud?

—El mismo, mademoiselle.

—¿Y el propio director del Consejo de Administración del Banco ha venido a...? ¡Oh, perdón! Es demasiado honor. No lo comprendo.

—Una señorita que va a casarse en sus circunstancias merece todos nuestros respetos, mademoiselle. Por eso hemos acelerado la concesión del préstamo.

Monique se mordió los labios, confusa.

—No sé cómo darles las gracias.

—No debe preocuparse. Pague puntualmente, eso es todo. Y ahora permítame que sea el primero en felicitarla, mademoiselle. Buenas tardes.

El hombre grueso besó ceremoniosamente la mano de Monique, sin que sus ojos pequeños y duros dejaran de mirarla.

—Buenas tardes —dijo ella.

Cerró la puerta tras el opulento monsieur Arnaud, el hombre famoso por sus jugadas de Bolsa, que inexplicablemente se había molestado en traerle él mismo un préstamo de quince mil francos.

Lentamente, como aplomada, como una momia que avanzaba, fue a su dormitorio, cuya puerta antes abriera y cerrara en un solo instante.

Se sentó en un borde del lecho y contó el dinero lentamente, como si aquello calmase sus nervios.

Diez, doce, quince mil francos nuevos. Un millón quinientos mil francos viejos. Una pequeña fortuna que le costaría reintegrar, pero que cubría todos los gastos que Gérard pudiese hacer en sus estudios, hasta que terminara una carrera.

Gérard, entretanto, había recuperado el conocimiento.

Parpadeó al encontrarse allí, en su habitación, y hasta estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa, pero el hallarse en un ambiente conocido le calmó instantáneamente. Sabía que allí no podía estar el hombre rubio, que en aquel lugar ningún peligro le acechaba.

Se puso en pie y de puntillas, avanzó por el corredor.

Vio luz bajo la puerta del dormitorio de su madre.

Empujó la puerta levemente, muy levemente, sin causar el menor ruido.

Y lo que vio le dejó paralizado, sin respiración, con la garganta contraída.

Porque su madre estaba contando dinero en el borde del lecho, donde estaba extendido un cadáver.

El cadáver que poco antes él había visto dentro de la cesta.

CAPÍTULO VIII

Eran tres los hombres que avanzaban con sus pistolas ya montadas. Michel comprendió que no podía escapar.

Estaba sentado en una silla, con las manos atadas, y a aquellos tipos les bastaría un segundo para apretar el gatillo.

Leyó en sus ojos que eran asesinos profesionales, que no les importaba matar.

—¿Sandra os ha ordenado eso? musitó, mientras sus ojos buscaban desesperadamente una salida.

—Sí, pichón.

—Es un error... Encontrarán, mi cadáver... Si dentro de pocas horas el prefecto no tiene noticias iniciará una nueva investigación...

—Todos hemos oído lo que le decías a ese buitre.

—No basta con eso. En una cuestión así, nadie se fía de nadie. Querrá saber dónde estoy.

—Bueno, pues que lo intente. Tardará más de dos días en dar con tus restos aquí, y para entonces nada importa.

Michel se mordió los labios desesperadamente. Dos días, otra vez aquel extraño e inexplicable plazo de dos días. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡En el nombre del cielo! Cien veces, ¿por qué?

Uno de los hombres le apuntó.

—Bueno, cariño, menos palabras. ¿Lo quieres de cara o nos situamos a tu espalda?

—¡Sois unos hijos de la gran perra!

—Esto no cambia la situación. Elije.

Michel cerró un instante los ojos.

—A nadie le gusta ver cómo van a liquidarlo. Colocaos a mi espalda.

Los tres hombres, sin dejar de apuntarle, dieron la vuelta, y en ese momento Michel actuó.

Saltó de la silla como una catapulta, mientras le rozaba la primera bala.

En lugar de buscar a sus enemigos Jo que hizo fue intentar llegar a la puerta de cristales y romperla con su cuerpo, pues estaba seguro de que si saltaba a la calle, aquellos tres hombres no se atreverían a disparar. Hacerlo, significaría para ellos quedar prácticamente acorralados dentro de aquella tienda.

Aunque tenía las manos atadas. Michel logró conservar el equilibrio. Dio un puntapié a la silla y ésta se proyectó contra uno de los hombres en el instante en que hacía fuego. La bala salió desviada, mientras el pistolero caía hacia atrás. Pero los otros dos no se estuvieron quietos.

Sus armas vomitaron plomo en el instante en que Michel, lanzándose con todas sus fuerzas, volaba hacia la puerta.

Una le hirió levemente en el brazo izquierdo y la otra en el hombro del mismo lado. Ambas habían sido destinadas al corazón.

Michel sintió un espantoso calambre, pero no se detuvo. Inmovilizarse un solo segundo significaba la muerte. Apenas sus pies tocaron el suelo, a mitad de camino de la puerta, volvió a saltar. Dos balas astillaron los cristales, cruzándose en su trayectoria, aun a riesgo de matar a algún transeúnte. Aquellos tres asesinos no se paraban ante detalles. El cuerpo de Michel se estrelló contra los cristales esmerilados, entre un estrépito formidable, mientras los pistoleros guardaban sus armas.

Ahora tenían que huir.

Michel gateó por la calzada, intentando apartarse de la puerta, mientras algunos transeúntes lanzaban gritos. Comprendió que los tres hombres saldrían dispuestos a todo, y temió que alguien muriera por hacerse el héroe.

—¡Que nadie los detenga! —gritó—. ¡Cuidado!

Se pegó a una de las paredes, pasando inadvertido, mientras los tres hombres salían a toda velocidad.

Nadie les detuvo.

Apenas a veinte metros tomaron un taxi y obligaron al conductor a arrancar bajo la amenaza de sus pistolas. Michel no se preocupó por eso porque era una tontería seguirlos. Aquellos tres tipos no eran más que comparsas. Lo principal era hacer cantar a Sandra.

Un gendarme se acercó corriendo.

—¿Quién es usted? ¿Por qué le han atado?

—Desátame y se lo diré.

—¡Póngase de espaldas! ¡Apoye la cabeza en la pared! ¡Separe las piernas!

—Ni que llevase los bolsillos llenos de bombas —gruñó Michel. Pero obedeció porque no le quedaba otro remedio.

El gendarme le desató con una mano sin dejar de apuntarle con la otra.

—¡Ahora apoye las manos en la pared por encima de su cabeza! ¡Pronto!

—Le advierto que se va a llevar una sorpresa, amigo.

—¡Cállese!

En efecto, el gendarme se llevó la sorpresa al ver la documentación de Michel. Se puso pálido.

—Inspector, nunca hubiera sospechado...

—Ha hecho usted bien, pero se toma las cosas demasiado en serio. Ahora, si no piensa ametrallarme, permita que tome aquel taxi para ir a Prefectura. Buenas tardes, fiel-cumplidor-de-su-deber...

Recuperó la documentación y salió disparado hacia un nuevo taxi. Cinco minutos después estaba llegando a Prefectura. Primero hizo que le curasen las rozaduras, aplicándole un vendaje duro, y luego fue al despacho del jefe.

El prefecto tenía una tarde de narices.

—¿No habíamos quedado en que estaría dos días fuera de París siguiendo una pista? ¿Quién cree que puede entenderle a usted? ¿Y por qué una mujer tiene que hacer los descubrimientos mientras mis agentes están de vacaciones?

Michel le dejó tiempo para respirar.

—¿Qué clase de descubrimientos?

—Ya hemos dado con el cadáver de André Gely.

—¿Cómo...?

—Lo que oye. Y mientras tanto, usted en el limbo. ¿Puede explicarme lo que ha hecho?

—Perdón. Le ruego que me permita ser el primero en hacer preguntas por esta vez. ¿De modo que han descubierto el cadáver de André Gely?

—Eso he dicho.

—Sospechaba que lo habían asesinado, aunque aún no comprendo por qué. ¿Cómo lo mataron?

—A balazos. Pero no hemos podido encontrar ningún proyectil en su cuerpo porque se los arrancaron después del crimen. El cadáver tiene el vientre destrozado, aunque lo vistieran luego. Pero eso, ¿qué importa?

—Una pregunta más, señor.

—Hágala de una condenada vez.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Algún bromista lo dejó en casa de una tal... a ver... —consultó una ficha y dijo—: Monique Bastié.

Michel quedó sin respiración.

—¿Monique... Bastié?

—Sí, eso he dicho.

—¿Vive en la rue des Halles?

—Pues... sí.

Por primera vez en su vida. Michel no sabía qué pensar. Sólo sabía que le era difícil respirar, que sentía una Opresión angustiosa e implacable en el pecho.

—¡Dios mío...! —susurró.

—¿Conoce a esa mujer?

—Le he estado hablando de ella hoy mismo. Ibamos a casarnos a las siete de esta tarde.

El prefecto arqueó una ceja.

—¿Sabe que todo esto no tiene sentido?

—Soy el primero en reconocerlo.

—¿Por qué han matado a André Gely? En los bolsillos no le faltaba nada de lo que un hombre suele llevar encima. No han debido robarle un documento ni un miserable franco.

—No comprendo tampoco por qué lo han matado, a pesar de que me he hecho esa misma pregunta cien veces. La vida de André Gely no era importante para nadie. Podía haberse muerto hoy por causas naturales o haber vivido cien años más sin que a nadie le importase un bledo. ¿Por qué lo han matado precisamente a él? Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Alguien ha pagado una elevada suma para que André Gely muriera. Por lo menos en este asunto interviene dinero del grande, de eso estoy seguro. Sandra Dubrowsky tiene una magnífica ficha del Deuxième Bureau, y Sandra interviene en este asunto. Ya sabe que a esa mujer hay que pagarle una pequeña fortuna para que dé los buenos días.

Unas arrugas de preocupación se habían formado en la frente del prefecto.

—A André Gely lo han matado por algo importante, pero no acierto a comprender por qué —dijo Michel—. Esa es una cuestión que me obsesiona y a la que no le veo salida.

—¿Por qué han dejado el cadáver en casa de Monique? Según un testigo, subieron una gran cesta que además de contener un cadáver podía servir para otras cien cosas. A nadie le llamó la atención, porque pensaron que era vajilla o algo parecido. La llevaban dos tipos altos y rubios que sin duda debían tener las llaves del apartamento o un duplicado de éstas. Es un dato importante.

Unas gotitas de sudor habían aparecido ya en la frente de Michel.

—Tengo que ir a hablar con Monique y ver ese cadáver. Por cierto, antes he de hacer también una cosa; ¿podría tener una foto

ampliada de Sandra Dubrosky?

—Naturalmente que sí.

El prefecto dio por teléfono interior las órdenes oportunas. Luego miró a Michel.

—¿Y bien?

—Habrá que retocar esa foto. Ponerle una peluca blanca y arrugas, para darle el aspecto de una mujer de unos cincuenta años. La foto deberán enseñársela al portero de la casa de la rue Vaugirard donde mataron a Gely. Es posible que Sandra sea una tal «señorita Mercier», que alquiló el piso hace muy poco.

—Y por consiguiente la asesina...

—Ella ha asegurado que no disparó, pero no sé si creerla.

—Está bien. Dé las órdenes oportunas.

Michel habló por teléfono interior durante unos minutos, desde el propio despacho del prefecto, con los encargados de los servicios correspondientes.

Luego fue a salir.

—Coma algo antes de visitar la Morgue —le aconsejó el prefecto —. Seguro que no ha probado bocado desde esta mañana.

—Así es.

—Y bébase una buena jarra de cerveza.

—Gracias, señor.

Pero Michel no tenía deseos de comer, después de lo que había oído. Se limitó a probar un bocadillo, beber un café doble y echar una ojeada a los periódicos. Luego tomó un taxi hasta su casa, donde se cambió el traje manchado de sangre.

Después fue a la Morgue.

El cadáver de André Gely estaba allí. Lo habían desnudado. Precisamente en ese instante el forense hacía un corte para abrirlo de arriba abajo.

Conocía a Michel.

—Hola, polizonte.

—Hola, doctor. ¿Ya hay algo?

—Ni hablar. Sólo que lo han matado esta mañana y que luego le han arrancado las balas una a una. Tiene el vientre deshecho, pues se las descargaron ahí. Pero no puedo decir más.

—¿Para qué ese interés en arrancar las balas? ¿Podían ser de algún tipo especial?

—Aunque no lo fueran, los proyectiles son una pista demasiado buena para dejarla en manos de la policía.

—Hum...

—¿Quiere ver la autopsia, polizonte?

—No. ¿Para qué?

El médico gruñó:

—¡Bah! Al cuerno.

Michel encendió un nuevo cigarrillo con movimientos nerviosos y fue entonces, al alzar la cabeza, cuando la vio.

Monique.

Estaba allí, de pie, mirándole desde el fondo del depósito de cadáveres.

CAPÍTULO IX

Michel parpadeó.

—¿Qué haces aquí, Monique?

Ella no contestó. Tenía los ojos entrecerrados y las facciones completamente tensas.

El silencio parecía poder palpase.

Se oyó entonces el ruido sordo y un poco chirriante del ascensor en el que se subían y bajaban los cadáveres. Monique llevaba un pequeño paquete bajo el brazo izquierdo.

El ascensor pasó tras ella, casi rozándola, y la mujer hizo un gesto como para apartarse.

El pequeño paquete desapareció de su brazo con tal rapidez que Michel, que estaba mirando su rostro, no llegó a darse cuenta.

El ascensor fue tragado por el hueco del techo, y poco a poco el sonido cesó, con un último chasquido final.

—¿Qué haces aquí, Monique? —repitió Michel.

—He venido... porque la policía me obligó.

—¿Te obligó? ¿Por qué?

—Antes de la autopsia tenía que decir que el cadáver que encontré en mi casa era precisamente éste.

—Y lo es, supongo.

Ella dijo con voz desmayada:

—Sí...

—¿Has terminado?

—Así es.

Monique parecía abrumada, parecía deshecha por algo que no se atreviese a confesar.

Salieron a la calle, sobre la que ya resbalaba un viento frío. La oscuridad, sobre las farolas, era completa. «La mejor hora de París —pensó Michel—. La hora en que yo ya tenía que estar casado con esta mujer...»

Cerca había un bar donde se reunían los médicos al salir de la Morgue. No olía a formol por milagro. Se sentaron los dos ante un velador, y Michel encendió en silencio otro cigarrillo.

Una red invisible parecía flotar entre los dos, separándolos.

Michel expulsó una lenta bocanada de humo. Todo le sabía amargo.

—¿Cómo lo encontraste? —susurró.

—Es que... ¿Es que vas á interrogarme?

—No es un interrogatorio. Simplemente, todo lo que se relaciona contigo me interesa. Dime; ¿cómo lo encontraste?

—Lo habían puesto en mi propio lecho.

—¿Tenían llave de tu apartamento?

—Por lo visto, sí.

—¿Cómo la consiguieron?

—No lo sé... Cielos... No lo sé.

La mujer se había llevado una de las manos a la cabeza. Michel le estrechó la otra con fuerza.

—Monique, no entiendo nada de esto. Nada absolutamente, te lo juro. Ni sé por qué han matado a André Gely precisamente, ni sé por qué han tenido interés en que tú precisamente descubrieras su cadáver. Tras todo esto hay un asunto de millones, pero no acierto a calibrarlo. Todo lo que me digas me puede ser útil. Monique. Haz un esfuerzo.

Ella le miró. Tenía unos ojos profundos, grises y quietos como un charco de lluvia en una tarde de otoño.

—Sólo sé lo que te he dicho, Michel. El cadáver estaba allí, tendido en mi propia cama. Inmediatamente avisé a la policía y vinieron con una ambulancia a llevárselo. Un inspector me interrogó en mi propia habitación, y eso fue todo.

—¿Y... Gérard?

—Gérard descubrió algo en el boulevard Montmartre. Estuvieron a punto de matarlo.

Inmediatamente Michel recordó lo que el niño le había contado. Recordó el detalle de la mano.

—¡Dios mío...! —susurró—. ¿Pero está bien?

—Tú quieres mucho a Gérard, ¿verdad?

—Como a ti.

—No. A él le quieres más. El es algo puro que se te da íntegramente, mientras que yo... yo soy mercancía usada, Michel. Yo pertencí a otro.

Michel cerró los ojos.

—También Gérard pertenece en cierto modo a otro —susurró.

Fue ahora ella la que le estrechó la mano con fuerza.

—No eres feliz, ¿verdad?

—Los dos deberíamos serlo.

—¿Aún la recuerdas a ella?

Michel desvió la mirada. También sus ojos eran grises ahora, intensos y quietos.

—Ella ya está muerta. ¿Para qué? La vida me ha enseñado que

hay dos cosas que nunca sirven de nada: soñar y recordar.

—¿Pero la amabas? Nunca hemos hablado de eso. Michel. ¿La amabas?

—Creo... que sí.

—¿Y qué sentiste al saber que los *fellagah* argelinos la habían violado, matándola después?

—Sentí deseos de... asesinar. Durante meses y meses no encontré consuelo más que batiéndome a puñetazos y bebiendo vasos y vasos de licor. Luego tuve la suerte, de encontrarte a ti. Tú estabas en París, sola como yo, desesperada como yo, y si yo era un hombre maldito tú eras también una mujer maldita. Tu sufrimiento me enseñó mucho, Monique. Creo que por eso empecé a quererte.

Arrojó su cigarrillo al suelo y susurró:

—¡Y pensar que teníamos que estar casados ahora! Pensar que... ¡Pensar que la vida tenía que ser tan distinta!

—No te inquietes, Michel. Todo se solucionará.

—¿Ha visto Gérard el cadáver?

—Sí... Yo estaba en la habitación, pensando qué debía hacer, cuando él ha entrado. Es tan niño... Se ha desmayado y he tenido que llamar a un médico.

—¿Algo... grave?

—No. Ya está bien.

—¿No existe peligro de que puedan atacar contra él nuevamente?

—No. He pedido a la policía que lo proteja. Hay un gendarme en casa, junto a la puerta de su habitación.

—Quisiera hablar con Gérard.

—¿Para interrogarle?

—No, no... Por Dios. Lo único que quiero es animarle. Gérard y yo somos como dos buenos amigos, ¿sabes?

Monique se alteró. Ello fue notable sólo por un leve estremecimiento de sus cejas que Michel no llegó a advertir.

—Mejor que no le veas. Necesita descansar. El médico ha dicho que, sobre todo, nadie le moleste.

—Sí, claro... Tienes razón.

Encargó dos cafés con dos copas grandes de coñac, y bebieron en silencio durante largos minutos.

Una pesadumbre infinita parecía aplastarles a los dos.

En aquel momento pasó un vendedor de periódicos, y Michel compró uno.

Las noticias corren aprisa en París. Los periódicos son rápidos.

Los titulares ya lo anunciaban:

«AMIGO PERSONAL DEL PRESIDENTE DE GAULLE,
ASESINADO EN PARIS. EL PRESIDENTE ASISTIRA A LAS
HONRAS FUNEBRES EN LA IGLESIA DE LA
MADELEINE.»

CAPÍTULO X

Michel llegó a su despacho de la Prefectura, se quitó la americana y aparecieron bajo la camisa los relieves de sus músculos largos y elásticos, de hombre que ha practicado el deporte y la lucha.

Su ayudante aún no había marchado a dormir. Se acercó a él con un informe.

—¿Es lo de Sandra Dubrowsky?

—Sí.

—¿La ha reconocido el portero?

—En efecto.

Michel suspiró. Por lo menos ya sabía algo. Sandra, disfrazada, había alquilado aquel piso con nombre supuesto, para que André Gely fuese allí. ¿Pero por qué había ido André? ¿Porque esperaba encontrar a su prometida, tal como había dicho a su amigo Denis?

Era más que posible.

Había que interrogar más estrechamente a Sigrid Larsen. Posiblemente fuera ella la asesina de Gely.

¿Pero por qué?

Aquí estaba el gran enigma. Michel se daba cuenta de que, en cierto modo, la muerte de André carecía de importancia. Era algo mucho más trascendental lo que se ocultaba tras ella. ¿Pero qué?

Michel pidió a su ayudante que se sentase.

—Ahora ya sabemos que Sandra fue la falsa señorita Mercier. Bueno, ya es algo. ¿Pero qué hay de la muerte de Gely? ¿Sabes tú que alguien pudiera odiarle con toda su alma?

—Los alemanes.

Michel pareció recibir un impacto, porque echó la cabeza hacia atrás. Diablos, era cierto. Habían transcurrido ya muchos años, pero durante la guerra André Gely mató cantidades increíbles de alemanes, y era de suponer que no a todos los mató con razón. ¿Alguien se habría vengado tal vez? ¿Algún grupo alemán?

Michel arrojó su cigarrillo.

—Quiero la ficha que se ha abierto para Sigrid Larsen.

Su ayudante la trajo poco después, junto con una jarra entera de café.

—Lo que tú habías supuesto —dijo.

—¿Alemana?

—Sí.

Michel bebió mecánicamente una taza entera de café, sin añadirle azúcar, y luego miró a su ayudante.

—Bueno, ya tenemos un móvil. Sigrid Larsen es alemana, y su padre o un familiar muy cercano murieron a manos de André Gely hace dieciocho años, cuando Gely no era más que un muchacho, pero en las filas de la Resistencia había aprendido a matar. ¿Recuerdas a algún Larsen que fuera relativamente famoso en aquellos años?

—Sí... Lo recuerdo por las colecciones de periódicos. Un tal Manfred Larsen. Era un general honrado, que nunca había pertenecido a la Gestapo ni a las SS. No obstante, con motivo de la liberación de París, y como no quiso rendirse, un comando de asalto lo fusiló cerca de Vincennes. Bueno, al menos eso es lo que recuerdo.

—¿Se llamaba Manfred el padre de Sigrid?

El ayudante consultó la ficha.

—Sí. Todo concuerda.

—Entonces creo que ya tenemos a la asesina de André Gely —dijo Michel suavemente—. Una venganza. Hay que preparar inmediatamente una orden de detención contra Sigrid Larsen y someterla a la aprobación del juez.

Su ayudante se puso en pie.

—Entonces caso resuelto...

—No.

—¿Por qué no? ¿No le han encargado a usted que resolviera ese caso? Pues ya está. O mejor dicho, estará cuando esa pájara haya confesado. ¿A qué complicarse la vida más?

—La muerte de André Gely es sólo una parte del plan, estoy seguro. El que está detrás de todo esto, sea quien sea, ha aprovechado los deseos de venganza de Sigrid Larsen y algunos de sus hermanos y amigos, haciendo que asesinaran a André Gely. Ellos solos no lo hubieran asesinado nunca sin contar con poderosas ayudas. En el fondo Sigrid Larsen y los que han cometido el crimen con ella no son más que unos infelices. El pajaraco importante es el que está detrás, sin mover las alas.

—¿Pero por qué? ¿Qué se pretende con todo esto?

Michel se llevó una mano a los cabellos, desordenándolos, mientras bebía una segunda taza de café.

—No lo sé. Confieso que no lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—Jamás he navegado tan a ciegas.

—Sin embargo, podrías dar el caso como resuelto, casarte mañana por la mañana y tomarte unas vacaciones. En cuanto Sigrid Larsen confiese, tú te lavas las manos.

—Sigrid terminará confesando que ella ha matado a Gely, pero no dirá quién le proporcionó ayuda para hacerlo. Debe saber que la exterminarían si dijese una sola palabra de más.

Se puso en pie y volvió a ajustarse la corbata, que se había aflojado. Luego se puso la americana.

—Voy a buscar un edificio del boulevard Montmartre. —dijo.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé. Pero para reemprender las investigaciones es un sitio tan malo como cualquier otro.

Salió.

Lloviznaba sobre París, y la noche era fría. El asfalto rebrillaba tenuemente, y la ciudad parecía más grande. Los coches pasaban dejando tras ellos una estela de luz.

Los espectáculos estaban en pleno apogeo. Era la mejor hora de París, si es que París tiene alguna hora que no sea buena.

Michel avanzó a pasos lentos por el boulevard Montmartre y se detuvo al ver la mano. La verdad era que había pasado docenas de veces por allí, pero nunca se había fijado especialmente en ella. La verdad también era que resultaba siniestra, que tenía un no sé qué de amenaza, algo que helaba la sangre si uno la miraba bien.

El portal aún estaba abierto. Entró. Vio perfectamente los pequeños balcones desde los que tenía que haber saltado Gérard para salvarse cuando intentaron asesinarle.

Al menos eso era lo que había dicho Monique.

Michel recordó que no llevaba armas, no obstante, decidió aventurarse. Con su llave maestra, tanteó la cerradura de la puerta que había de corresponder a aquellos balcones. La puerta cedió.

Michel entró sin hacer ruido.

Sabía que no iba a encontrar nada en aquel piso, pues sus ocupantes se habrían ocupado de desembarazarse de todo al ver que un intruso, aunque fuese un niño, había entrado allí. Pero de todos modos, pasar por aquel lugar era necesario.

El piso era antiguo, y tenía ese aire de las viviendas burguesas de París de principios de siglo. Los muebles también parecían ser de la misma época. Las habitaciones de la parte delantera estaban todas vacías.

Michel, empleando el foco de luz de su linterna, descubrió en una de aquellas habitaciones delanteras un leve rastro oscuro sobre las baldosas, como de sangre lavada a toda prisa. Aquel podía haber

sido el indicio que descubrió Gérard.

Volvió a una de las habitaciones de la parte posterior, donde había creído ver muebles.

En efecto, el disco de luz de su linterna alumbró una cama de ropas poco ordenadas, como si alguien hubiese estado echado allí hasta poco tiempo antes. Alumbró también unos altos zapatos negros, de corte salón, y unas bonitas piernas cruzadas.

La mujer que estaba sentada en la cama no se movió.

Llevaba unas medias oscuras y audaces a las que arrancaba tenues reflejos la luz de la linterna.

Michel siguió elevando el disco de luz y vio un busto opulento, que palpitaba nerviosamente. Vio unos labios rojos y unos ojos duros, inhumanos, como de estatua germánica.

Vio también algo que estaba a mitad de camino entre aquellas piernas y aquellos ojos.

Una pistola. Una pistola que le estaba apuntando al corazón.

Michel alzó tranquilamente la mano y giró el conmutador que estaba a la entrada de la habitación, puesto que ya no hacían falta disimulos. Una claridad súbita y fea iluminó la figura femenina que sin embargo, era graciosa y sugestiva como esas mujeres que aparecen en las portadas de muchas revistas. Michel pensó que le sobraba la pistola y que, a pesar de todo, la falda aún era demasiado larga.

—¿Sigrid Larsen? —preguntó.

—¿Cómo lo sabe?

—Baje ese petardo, hermana. Hay una orden de detención contra usted.

Ella no se inmutó.

—Suba esos dedos sobones. Hay una orden de disparar contra usted.

—¿Quién ha dado esa orden? ¿Usted misma?

—¿Y qué, si así fuera?

—Le aconsejaría que no se complicase la vida. Ya dio un resbalón bastante fuerte al asesinar a André. Reconozco que habiendo ido a aquel piso una sola vez y sin que nadie la viese, las probabilidades de ser descubierta eran mínimas. Incluso de no haberse encontrado André con su viejo amigo Denis, puede que nadie hubiese sabido nunca que había estado en la rue Vaugirard. Su cadáver hubiese aparecido en cualquier sitio, y en paz. No había en él ni siquiera una bala para iniciar las investigaciones. Pero el crimen perfecto no existe, hermana. Ahora ya sabemos que fuiste tú la que despachó al pichón el mismo día en que iba a casarse con la

paloma.

—¿Quién sabe eso? ¿Tú, polizonte?

—Y medio millar de personas más en estos momentos. No te servirá de nada matarme. Al contrario, terminarás con una condena a muerte.

Sigrid no se inmutó.

Al contrario, sus ojos duros e inhumanos se clavaron en el rostro del hombre con redoblada fiereza.

—¿Por qué te eligieron a ti como verdugo? —susurró él—. Porque André no podía sospechar, ¿verdad?

—Supongamos que fue por eso.

—¿Por qué no le mataste con un estilete, por ejemplo? No os hubiera dado tanto trabajo retirar luego las balas.

—Puede que yo no hubiera tenido la fuerza suficiente para matarle. El crimen tenía que ser seguro, no podía fallar. Pensamos que André, por mucha suerte que tuviera, no resistiría seis balas en el vientre.

—¿Pensasteis? ¿Quiénes? No fuiste tú sola, ¿verdad?

—Me ayudaron mis dos hermanos. Ellos han pasado ya la frontera.

—¿Y tú por qué estás aquí, estúpida?

—¿Quieres tener el gusto de insultarme antes de que le atravesase la cabeza? Bueno, puedes hacerlo. La bala te astillará igualmente los huesos.

—No te insulto. Sólo pregunto por qué no has pasado la frontera tú también. Al menos habrías parado el primer golpe.

—Yo tengo que ir a Sudamérica, puesto que mi responsabilidad es mayor. Espero que me den aquí el dinero, el pasaje y un pasaporte falso.

—Me cuentas eso porque das por descontado que no saldré vivo de aquí, ¿verdad?

Eres un portento de inteligencia, cariño.

—Voy a serlo más todavía —apuntó Michel—. Tú mataste a André por venganza, porque él, durante la liberación de París, hizo fusilar a tu padre. Muy bien. Pero tú sabes perfectamente que al que te dió los medios para cometer ese crimen no le importaba en realidad la muerte de un hombre como André Gely. ¿No te has preguntado nunca por qué te ayudó? ¿No has pensado que detrás de eso tiene que haber por fuerza algo mucho más importante?

Ella se encogió de hombros.

—Eso no me importa. Me costó mucho dar con la pista de André Gely. Cuando la encontré, ellos me ayudaron a liquidarlo y me

dijeron lo que tenía que hacer. Me demostraron que una palabra cariñosa y las piernas de una mujer meten al hombre en el pozo que a una le dé la gana. Jamás había pensado que liquidar a un hombre fuera tan limpio, tan cómodo y tan fácil. Ahora ya nada tengo que hacer aquí. Voy a largarme... dejándote a ti para que adornes uno de los cementerios de París, cariño.

Movió ligeramente la pistola, apuntando bien al corazón de Michel.

Este tenía los ojos entrecerrados, los nervios tensos.

No se dio cuenta de que alguien más había abierto la puerta del piso. Pendiente del menor de los gestos de Sigrid, no pudo advertir que una sombra sigilosa avanzaba hacia la habitación.

Unos zapatos negros con adornos marrones en piel de cocodrilo, se detuvieron cerca del umbral.

Michel intentó jugar su última baza.

—Has matado a un hombre, muchacha, pero no irás a la guillotina. En Francia somos unos sentimentales y unos blandengues. Los del Jurado llorarán cuando sepan que vengaste a tu padre, y te soltarán con una leve condena. Pero no esperes piedad si matas fríamente a un hombre que representa a la Ley. No esperes piedad tampoco si sirves de instrumento a los hombres que te dieron facilidades para asesinar.

Como ella no contestaba, añadió:

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué pretenden con el asesinato de André? ¿Es que no te das cuenta de que sirves de instrumento para algo muchísimo más grave? En tu propio bien... ¡Habla!

La mujer apretó los labios. Por primera vez vio Michel asomar a sus ojos fríos e inhumanos un poco de temor.

—Es poco lo que sé... —balbució—. Ellos necesitaban el cadáver de André...

—¿Para qué? ¡Habla! ¡Habla!

La ansiedad hacía temblar a Michel. Tenía unas frías gotitas de sudor en la frente.

—Lo necesitaban para...

No llegó a decir más.

Michel no oyó nada, salvo un leve taponazo.

Y vio cómo saltaba en pedazos la cabeza de la muchacha.

CAPÍTULO XI

Habían disparado con un silenciador muy acoplado y perfecto. Habían disparado dos veces seguidas.

Michel lanzó una especie de rugido salvaje mientras veía saltar contra las paredes la masa encefálica de la muchacha.

Supo que dispararían otra vez.

Michel no podía perdonar los crímenes inmundos, los crímenes asquerosos. Dio dos vueltas sobre sí mismo y se lanzó al suelo en busca de la pistola de la mujer, cuyo cadáver había caído sobre el lecho, de espaldas, con sus hermosas piernas entreabiertas. El asesino disparó otra vez, pero con demasiada precipitación, y la bala rozó los cabellos de Michel, arrancándole parte de ellos.

Se volvió con el arma en la mano.

Hizo fuego, pero ya su enemigo había apagado la luz, comprendiendo que iba a ser descubierto. Las balas aullaron en la oscuridad. Por una levisima rendija de luz que llegaba desde el otro lado del piso, Michel sólo pudo ver los zapatos con adornos en piel de cocodrilo. Tiró contra la parte superior de aquellos zapatos, pero supo que no había alcanzado a su enemigo.

Oyó correr.

El salió también, mientras en el pasillo sonaban nuevos taponazos. Los proyectiles pasaron tan cerca que le produjeron como un escalofrío de muerte.

En lugar de bajar por las escaleras, corrió hacia el balcón al cuál daba la gigantesca mano. Lo abrió, dispuesto a saltar. Debajo, al oír los disparos de la pistola que Michel llevaba ahora en la mano, se había congregado un numeroso grupo.

No supo distinguir al hombre que sin duda acababa de salir por la puerta. ¡Si al menos lo hubiese visto una maldita vez!

Pero tenía una pista.

¡Los zapatos!

Saltó, mientras varios espectadores lanzaban un grito. Varios de ellos corrieron creyendo que era un loco que iba a disparar.

En un momento, Michel se vio en el suelo y rodeado por tres o cuatro individuos jóvenes que parecían dispuestos a lanzarse sobre él. Miró maquinalmente los zapatos de todos ellos. Ni uno que los llevase negros con adornos en piel de cocodrilo.

Más allá corrían varios individuos. Cualquiera de ellos podía ser

el asesino.

Michel lanzó una salvaje maldición en voz baja.

No podía perseguirlos a todos ni elegir a uno solo con riesgo de equivocarse. Tampoco podía confiar en las corazonadas.

Se puso en pie, guardando la pistola.

—Policía. Despejen.

Los tipos que se habían detenido le creyeron. Michel hablaba con demasiada seguridad. Detuvo a uno de ellos.

—¿Ha visto si alguno de los que estaban aquí hace un instante llevaba zapatos negros con adornos en piel de cocodrilo?

—¿Y cómo quiere que me haya fijado en eso, polizonte? ¡Si al menos hubieran sido los zapatos de una mujer...!

—Tiene razón. Perdone.

Un gendarme se acercó al trote, bamboleando su capa y su tripa.

—¿Qué sucede? ¡*Mon Dieu!* ¡Pero si es el inspector Michel! Agente Berliet, a sus órdenes.

—Monte guardia en la primera puerta que encontrará subiendo por esa escalera. Se ha cometido un crimen.

—¿Un asesinato?

—La mujer tiene la cabeza hecha pedazos, pero si después de verla cree que no es asesinato, me lo dice, amigo.

El gendarme siguió su galope hacia la escalera.

Michel detuvo un taxi. Encendió un cigarrillo pausadamente. Las cosas habían ido mal, muy mal, pero sabía mucho más que al principio. Sabía que era cierto que había algo importante detrás de la muerte de André Gely. Sabía quién había matado a éste, aunque ella no pudiese declararlo ya nunca. Pero los hermanos de Sigrid, cuando fuesen detenidos en Alemania y se pidiera su extradición, declararían.

¿Declararían qué?

Seguro que nada importante. Seguro que sabían mucho menos que su hermana.

—A la rue des Halles —dijo al conductor suavemente.

Sentía náuseas y un horrible dolor de cabeza.

CAPÍTULO XII

Bueno, a aquellas horas de la noche, éste tenía que haber sido ya su dulce hogar.

El tenía que estar ya con Monique, hablando de esas importantes cosas sin importancia que se dicen siempre los enamorados. En lugar de eso no había podido casarse, estaba helado y hambriento y tenía sobre sus espaldas la responsabilidad de algo que ni siquiera podía comprender. Bueno, la vida, cuando uno tiene veintiocho años y muy poco dinero, no es tan gran cosa como los poetas dicen.

Michel hizo un gesto de hastío.

Le dolía la boca de tanto sentir un gusto amargo en ella.

Hizo uso del llavín y entró en el portal. Empleó otra llave para franquearse la entrada del piso. Un gendarme con un pistolón parecido a un trabuco le salió al encuentro.

—¡Inspector...!

—¿Sin novedad?

—Sin novedad, inspector.

—¿Qué hace el chico? ¿Duerme?

—Dice que no puede. Yo juraría que tiene miedo.

—¿Y su madre?

—No se ha acercado más por aquí, inspector.

Michel arqueó una ceja, y varias levísimas arrugas se marcaron en su frente.

—Descanse, agente, y tome algo en la cocina si lo hay. Yo me encargaré del pequeño.

—Gracias, inspector.

Gérard tenía la cabeza vendada. Intentó sonreír débilmente al ver a Michel, quien sonrió también, haciendo un esfuerzo para borrar todas las huellas de preocupación y cansancio que deformaban su rostro.

—¿Qué hay, Gérard? No es tan fácil meterse a detective, ¿eh?

—¿Sabes... lo que me sucedió?

—Tu madre me ha explicado algo.

Los labios de Gérard se fruncieron levemente, mientras se entrecerraban sus ojos.

—¿Sabes dónde está ahora? preguntó suavemente Michel.

—No.

—¿No te ha dicho nada?

—Creyó que dormía.

El pequeño tenía los labios apretados. Se adivinaba que algo le estaba quemando en la garganta, algo que no se atrevía a decir.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Gérard? —musitó Michel mientras le acariciaba los cabellos—. ¿Por qué no me explicas dónde viste a mamá?

—No sé... si debo... decírtelo.

Él puso un dedo en los labios.

—Recuerda que tú eres mi ayudante, Gérard. Entre un ayudante y su jefe no debe haber secretos.

El pequeño se mordía los labios nerviosamente. Al fin no pudo contener por más tiempo aquel secreto que le destrozaba.

—La vi... salir de aquella casa.

—¿La del boulevard Montmartre?

—Sí.

—¿Iba sola?

—Sí.

—¿Daba la sensación de estar asustada o de que la persiguiese alguien? Recuerda bien eso, Gérard. Es importante.

El pequeño tardó unos instantes en dar la respuesta, que Michel esperaba anhelante.

—No —dijo al fin— No daba la sensación de que alguien la persiguiese. Más bien pensé al verla que ella conocía aquella casa, y que los de la casa la conocían a ella.

En aquel instante una voz dijo desde la puerta:

—Seguro que sí, muchacho. Seguro que la conocían.

Michel se volvió, rápido como el rayo, pero al instante tuvo que detener su gesto.

Una automática le encañonaba desde el umbral.

Y la que empuñaba aquella automática era Sandra.

* * *

Michel respiró hondo, y sintió que los músculos de su cuello crujían como piezas de metal.

Detrás de Sandra había un hombre que también le encañonaba. Pero éste estaba manejando con las dos manos una pequeña metralleta.

—¡Qué agradable sorpresa, Sandra! —dijo Michel suavemente—. ¿No os ha dado las buenas noches un gendarme que estaba ahí fuera?

—Ese imbécil de gendarme se ha confiado mucho, creyendo que tú ya vigilarías. Le hemos amenazado con el petardo cuando se estaba bebiendo una taza de café. Lo ha escupido todo del susto y ha puesto la pared perdida. Di a la Prefectura que otra vez seleccionen hombres más listos.

Michel se daba cuenta de que era necesario conservar la serenidad, pero se daba cuenta también de que aquella situación era la más grave que había vivido en su existencia entera. Sandra no tenía escrúpulos. Si había venido con la idea de eliminarlo a él, eliminaría al niño también para no dejar testigos. En el código moral de aquella mujer había una palabra que no existía: piedad.

Michel comprendió que, ante todo, era necesario ganar tiempo.

—¿Cómo sabíais que estaba aquí? —preguntó.

—Te hemos seguido, pichón. Teníamos un coche estacionado junto a la Prefectura.

—Esa atención que me dedicáis significa que soy el único hombre en París que está sobre una buena pista, ¿verdad?

—Imaginemos que sí.

—¿Y Monique? ¿Cómo conocíais a Monique?

—Eso no te importa, Michel. Y no intentes ganar tiempo.

Michel apretó los labios con rabia, porque no podía luchar contra aquella mujer. Ella adivinaba todos sus pensamientos.

—¿Qué pretendéis? —gruñó.

—Vamos a llevarnos al chico.

Michel entreabrió los labios, asombrado.

En cierto modo aquella era una buena noticia, porque al menos Gérard continuaba vivo. Si hubiesen venido con la idea de matarlo lo habrían hecho allí mismo, sin perder tiempo, y él no habría podido evitarlo. A Sandra no le hubiese importado tampoco que todo el mundo se alarmara con la ráfaga de metrallera. Debía tener cubierta la retirada.

¿Pero para qué querían al chico? ¿Qué podía importarles Gérard? Michel se hubiera golpeado la cabeza contra las paredes con tal de entender aquello.

Sandra dijo fríamente:

—Vístete, muchacho.

—¿Pensáis que voy a consentirlo? —musitó Michel.

Mientras decía esto, saltó. Su intención fue arrollar a Sandra y apoderarse de la pistola, pero ella era demasiado hábil para caer en la trampa. Lo único que hizo fue apartarse, y entonces el fulano de la metrallera actuó como si ambos ejecutasen un número bien estudiado de ballet. Con el cañón golpeó a Michel en la cara,

produciéndole un insufrible dolor. Las fracciones de segundo en que ese dolor le tuvo inmovilizado fueron aprovechadas por Sandra. Le golpeó dos veces con la culata en la nuca, sabiamente. Michel quedó sin sentido en tierra.

Gérard fue a gritar, pero no tuvo tiempo. La misma Sandra le golpeó también con la culata, dejándolo aturdido. Inmediatamente extrajo de su bolso una funda de plástico herméticamente cerrada. Al abrirla, un fuerte olor a cloroformo se extendió por la habitación. Dentro había una bola de algodón empapada en anestésico. La aplicó sobre la nariz del niño.

Este, que aún se movía, quedó inmediatamente quieto.

Todo había ocurrido en menos de tres o cuatro minutos.

Cuando Michel recobró el conocimiento, tenía en la boca un espeso sabor a sangre.

Se puso en pie, gateando, y en el pasillo se apoyó en la pared para respirar. La verdad era que le habían atizado bien. Como para romperle la nuca. Llegó hasta la cocina como pudo.

Al gendarme también le habían atizado. Seguramente no tenía tanta costumbre de recibir como él, porque aún estaba sin conocimiento. Tenía mal aspecto, y un hilillo de sangre partía de su boca.

Michel, tambaleándose, fue hacia el teléfono.

Sentía una rabia sorda contra sí mismo, una rabia que le destrozaba por haberse dejado atrapar, y en estos momentos hubiera preferido que Sandra le hubiese volado la cabeza de un par de balazos. Al menos habría sido un buen fin.

Pero con el teléfono en la mano, pensó: «¿Por qué diablos no me han eliminado?» No lo entendía.

Llamó a Prefectura, al centro de control de los patrulleros, y dio un parte urgentísimo. Muy cerca de la rue des Halles tenía que encontrarse en aquellos momentos un coche con una mujer, al menos dos hombres y un niño dormido. Dio la descripción de Sandra, de Gérard y del tipo de la metralleta, al que había llegado a ver. Dijo que eran peligrosos, pero que no debían tirar sobre ellos por consideración al niño.

—¿No sabe la marca o al menos el color del coche, inspector?

—No tengo ni idea. No he llegado a verlo.

—Entonces comprenda que...

—Sí, ya comprendo que es muy difícil, pero hagan un esfuerzo. Colgó.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

¿Por qué no le habían matado? ¿Por qué Sandra, la mujer que

jamás perdía los nervios, había querido conservarle la vida?

Sandra no tenía sentimientos. Siempre juzgaba las cosas y las personas según le fuesen útiles o inútiles, y a las inútiles las eliminaba.

Michel terminó diciéndose que había una razón para que no le matasen si no era muy necesario: liquidándole, harían darse cuenta a toda la policía de París de que existía algo muy importante detrás de todo aquello. Estando él vivo, nadie se molestaría en dar demasiada importancia a la muerte del insignificante André Gely.

¿Pero por qué habían raptado al pequeño? Gérard no sabía nada importante; seguro. Y si hubiesen querido cerrarle la boca no habrían vacilado en disparar sobre él. ¿Qué buscaban entonces al llevárselo?

Eso mismo fue lo que preguntó el hombre de la metralleta a Sandra en el interior de un «ID 19», mientras rodaban a buena velocidad hacia el boulevard des Italiens.

—¿Que por qué lo he raptado? —musitó Sandra—. Parece mentira que no lo hayas comprendido aún. Michel es el único que sabe que hay algo importante detrás de esto y el único que aún podría estropear nuestro plan en las pocas horas que faltan, Pero de ahora en adelante se olvidará de todo por una sencilla razón: quiere al chiquillo. Su única obsesión consistirá en dar con su paradero, y lo otro, lo importante, llegará a olvidarlo. Es un plan sencillito y eficaz para inutilizar a un hombre.

El pistolero hizo:

—¡Ujú!

Llegaron al boulevard des Italiens, y dando un rodeo, se aproximaron hacia la Concordia.

—¿Dónde tenemos que parar? —preguntó el que conducía.

—Ya te lo indicaré. Es muy cerca de la Madeleine.

—¿Por qué tan próximo a...?

—No temas, no es peligroso. Y mañana quiero oírlo todo desde mi escondite. Cuando «aquello» suene significará que hemos triunfado. Significará que ha llegado el momento de cobrar.

El coche tomó un viraje.

A una señal de Sandra, se estacionó delante de una casa situada entre las Tullerías y la iglesia de la Madeleine. Salieron todos del coche menos su conductor. Sandra llevaba tranquilamente al niño en brazos como si fuera un hijo suyo.

Dado lo avanzado de la hora, nadie se fijó en ellos. En realidad nadie les vio.

Desde la puerta, Sandra hizo un gesto al conductor del «ID 19».

Este entendió. El coche allí era una pista.

Si algo significaba aquel «ID» para la policía, tenían que encontrarlo en el otro extremo de París.

Se dirigió a poca velocidad hacia el boulevard Sebastopol.

Mientras tanto, Sandra y sus acompañantes penetraban en un despacho de aquel edificio destinado íntegramente a oficinas. Todo estaba desamueblado, pues acababan de alquilarlo. Se veían por doquier cajas de embalaje, pero estaban vacías.

Sentado en una silla rotatoria, les aguardaba un hombre, con una pierna cabalgando sobre la otra.

Sandra se fijó en sus costosos zapatos negros adornados con finos detalles de piel de cocodrilo.

* * *

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó—. ¿No habíamos quedado en que no nos veríamos hasta después de terminado todo?

El hombre se puso en pie.

—Estaba impaciente —dijo—. No podía aguantar más.

—¿Y si le viesen?

—Nadie podría relacionarme a mí con esto.

—Ahora no, pero pueden relacionarle mañana, cuando los valores africanos empiecen a subir en la Bolsa. ¿Es que no se da cuenta? Un detalle así puede estropearlo todo.

—No lo creo. Soy demasiado importante para eso. Además las acciones de industrias situadas en Argelia no las voy a poner en venta yo en cuanto empiece la subida, sino uno de mis agentes. Voy a quedar al margen.

Sandra depositó al niño, sin mucho cuidado, en una de las cajas de embalaje. El pequeño, cloroformizado, no se enteró.

—¿Cuánto piensa ganar con esto? —preguntó Sandra mirando fijamente a aquel hombre.

—No sé... Es difícil calcularlo.

—Yo se lo diré. Si sus hombres son inteligentes y no abarrotan la Bolsa en el primer momento, si son capaces de vender escalonadamente y sin llamar la atención, esos valores de industrias argelinas significarán mil millones de francos viejos. Cien millones de francos fuertes. ¿Qué le parece, amigo mío? Una fortuna tan fabulosa que por ella vale la pena matar... a quien sea.

El hombre alzó la cabeza.

—¿Va a acusarme por la muerte de aquella estúpida de Sigrid? Un minuto más y hubiese hablado. Todo sé habría ido al infierno.

—No, no la acuso por esa muerte. Al fin y al cabo es posible que con Sigrid hubiéramos tenido que terminar nosotros, porque una no puede fiarse de las sentimentales. ¡Una mujer que al cabo de casi veinte años aún hace lo que sea por vengar a su padre...! —hizo un gesto de hastío—. En mi profesión, los sentimientos no cuentan. Sigrid está bien muerta y no tengo ninguna objeción que hacer. Pero, en su propio beneficio, no se deje ver por aquí porque pueden relacionarle con este asunto.

—De acuerdo —el hombre de los zapatos negros adornados miró al pequeño—. Ese es el hijo del polizone entremetido, supongo.

—Sí.

—Ahora el tipo sé volverá loco buscándolo y no se preocupará de nada más. ¿No es así?

—Al menos eso es lo que espero.

—Buen plan...

—Nunca he sido tonta —dijo ásperamente Sandra.

Se sentó en otra silla, cabalgó una pierna sobre otra e hizo una discreta exhibición de medias de primera calidad que encandiló los ojos del tipo de los zapatos adornados, a pesar de que éste solía tener a su disposición a las más bonitas mujeres galantes de París.

Tragando saliva para dominar su momentáneo azoramiento, aquel hombre preguntó:

—¿Qué se hará luego con el chiquillo?

—Será un estorbo. ¿Ven todos esa caja de embalaje donde descansa ahora?

Los hombres se miraron con expresión atónita. A pesar de que habían oído hablar de la frialdad de Sandra, ninguno esperaba aquello.

—Pues en esa misma caja —dijo tranquilamente la mujer— va a descansar eternamente. Lo encerraremos en ella y acoplaremos una carga de T.N.T. sobre la tapa. ¡Oh, una carga pequeñita, puesto que al fin y al cabo es para acabar con un niño! Lo único que quiero es que no lo reconozca ni su madre. Es necesario, estar tranquilo hasta tomar la lancha en Marsella, rumbo a Túnez.

El hombre que en la rue des Halles había manejado la metralleta, el que había golpeado tan hábilmente a Michel, abrió la boca asombrado. Sus ojos un poco desorbitados miraron a la mujer. De repente cerró la boca, y sus dientes produjeron un salvaje chasquido.

—Tu no harás eso, Sandra —masculló.

Ella le miró con indiferencia, casi con desprecio. Ni siquiera descurzó las piernas.

—¿Por qué? —preguntó suavemente.
—Porque ese niño es mi hijo.

* * *

Una sonrisa burlona, lejana, pareció flotar durante unos segundos en los labios de Sandra.

—Ya lo sabía —dijo con tranquilidad—. No necesitas recordármelo. En realidad te contratamos a ti, un sucio e impulsivo americano, porque podías influir decisivamente sobre el ánimo de Monique Bastié. No en vano fuiste el hombre que la engañó cuando era una chiquilla. A mí esas cosas, como al fin y al cabo soy mujer, me dan un poco de asco, ¿sabes? Dijiste a Monique que mataríamos a su hijo —es decir el vuestro— si no se prestaba a hacer dos cosas: dar facilidades para que el cadáver de André Gely fuese a parar a su casa e introducir el «paquete» en la Morgue cuando, como es reglamentario, la policía la hiciese ir allí para el reconocimiento oficial. Todos sabéis que la entrada del «paquete» tiene una decisiva importancia. Monique está prometida a un policía y nadie iba a sospechar de ella. Además su presencia en la Morgue estaría justificadísima, puesto que precisamente había de ir allí por obligación. El plan resultó perfecto y todo ha ido bien. El «paquete» está en su sitio.

—Pero nadie había hablado de matar realmente al niño —dijo el de la metralleta, mientras sus manos temblaban.

Sandra parpadeó dos veces. Se daba cuenta de que un chorro de balas podía despedazarla en cualquier momento, pero tuvo serenidad. Otro de los hombres comprendió su señal y se colocó detrás del americano, mientras sacaba poco a poco su pistola con silenciador acoplado.

—Sabes perfectamente que los sentimientos no cuentan en nuestro oficio —dijo, acaparando la atención del americano—. El niño ya ha visto y oído demasiadas cosas.

—¡Pero no debe morir! ¡Es mi...!

El hombre que estaba tras él apretó el gatillo fríamente.

La bala penetró por la nuca del americano y le salió por la frente. Fue espantoso. El hombre de los zapatos adornados no pudo evitar un grito.

Sandra, en cambio, ni parpadeó.

—Bueno —dijo con un suspiro—. No debía ser tan mal bicho, después de todo. Sus sentimientos de última hora lo han redimido, según dicen los que creen en esas cosas. Metedlo en otra caja.

—¿Y qué haremos con él?

—Serán dos las cargas de T.N.T. Ambas estallarán en el mismo segundo.

Se puso en pie y fue al otro lado de la habitación, desviándose para no manchar de sangre sus audaces zapatos tipo salón.

—Todo está a punto —dijo, como si recapitulase en voz alta—. A Sigrid la empleamos porque quería vengarse de André Gely, y así éste fue muerto sin que nosotros nos mancháramos las manos. A Monique la hemos empleado porque no quería ver morir a su hijo, y ella misma ha introducido el «paquete» en la Morgue. Nosotros no nos hemos manchado las manos, no hemos tenido que intervenir prácticamente en nada, salvo alquilando locales con nombre supuesto y amenazando al alemán de la tienda de antigüedades que hay en la rue Vaugirard. El único peligro está en ese maldito policía llamado Michel, pero estoy segura de que no sabe por dónde anda. Barrunta que hay algo importante tras esto, pero nada más. Y prácticamente lo hemos inutilizado con el rapto del chiquillo. A partir de ahora no hará más que buscarlo. —Se frotó las manos suavemente—. Estoy segura de que nadie nos pondrá impedimentos cuando mañana tomemos el coche hacia Marsella. ¿O será más prudente viajar en tren? Ese es un punto que quiero decidir a última hora.

Vio cómo ponían el cadáver del americano en otra de las cajas de embalaje.

—Cerrad ésa y la del niño —ordenó—. Pero antes hay que atar y amordazar al pequeño para que no haga ruido. ¡Ah! Las cargas de T.N.T. deben ir dentro. Hay que calcularlas exactamente para cuando estalle la otra.

—De acuerdo.

Uno de los hombres hizo un concienzudo y cruel trabajo con el niño, de modo que éste no pudiera moverse. Luego acopló a la parte superior de la caja dos pequeños cartuchos de T.N.T. Era cantidad suficiente para que de los dos seres humanos que estaban encerrados en las cajas no quedara una sola partícula reconocible.

La espoleta de los dos explosivos funcionaba con ácido. Es decir, un líquido corrosivo iba destruyendo poco a poco la membrana que separaba el percutor del fulminante. Cuando esa membrana había desaparecido, ya nada se oponía a que el percutor cayera por su propio peso, haciendo estallar la carga. El tiempo de espera podía calcularse añadiendo una o varias membranas suplementarias a la principal. Cada una necesitaba, para ser destruida, un tiempo exactamente calculado de antemano.

El hombre de los zapatos negros contemplaba todo aquello con una mezcla de admiración y horror.

Cuando las cajas estuvieron cerradas, suspiró ostensiblemente.

—Y ahora hay que hacer algo más para protegernos si nos sorprenden aquí dentro —musitó Sandra.

—¿Cómo?

—Este despacho tiene dos salidas, pero necesitamos que en el primer momento nadie nos vea, si entra por una puerta, y así dar tiempo a que escapemos por la otra. No es fácil que eso ocurra, pero necesitamos prevenirlo.

—Usted piensa en todo, ¿verdad? —musitó el hombre de los zapatos adornados.

—Por eso estoy viva aún. Según los trabajos que he aceptado, he tenido que defenderme unas veces de la F.B.I. americana y otras de la N.K.V.D. rusa. Puedo asegurar que las dos trabajan bien. Y pienso vivir muchos años todavía, de modo que no voy a dejar nada al azar.

El hombre que había disparado antes preguntó:

—¿Qué es entonces lo que vamos a hacer aquí?

—Una cosa muy sencilla. Tender ropa.

—¿Queeeeeé...?

—Sí, querido imbécil, ¿Serías capaz de descubrir a alguien en un terrado que estuviera lleno de sábanas tendidas? Es como un pequeño laberinto. Uno entra y no ve nada. Va a ciegas durante minutos y minutos, sin tropezar con nada... o hasta que tropieza con el enemigo que le está acechando. Ese es mi plan. Vamos. Pongámonos a trabajar. En una de esas cajas hay sábanas y cuerdas. Empleé este truco con éxito en Nueva York el año pasado.

Todos pusieron manos a la obra, incluso el hombre de los zapatos adornados con piel de cocodrilo. La escena fue cómica durante unos instantes, pero todos sabían que en realidad era espantosamente trágica.

El que había disparado preguntó:

—¿Por qué no liquidamos al chiquillo ahora? Nos evitaríamos complicaciones.

—Porque ahí no nos estorba, y aún podemos necesitarlo vivo —dijo Sandra—. Una tiene que pensar en todo, ¿sabes?

Y siguió tendiendo ropa como una mujercita.



El cadáver es llevado a la iglesia...

CAPÍTULO XIII

Michel, con los ojos enrojecidos a causa del sueño, llegó a la Morgue. Llevaba en el cuerpo un barril de café y otro de licor. Era lo único que aún le sostenía.

Sobre París se insinuaban otra vez las sombras del crepúsculo. La gente salía a divertirse. Las mujeres que vivían de noche se maquillaban con *rouge* los labios, se daban los últimos toques al pelo, se ajustaban las medias y se contemplaban en los espejos ovalados de sus habitaciones. El dinero alegre empezaba a correr. En Pigalle se encendía y se apagaba un anuncio que decía: «Los más audaces desnudos del mundo».

Sin embargo, Michel estaba mirando un cadáver.

Tieso, fúnebre, con los labios dibujando una mueca macabra, parecía como si André Gely no hubiera sido un ser vivo jamás, un ser por el que en otro tiempo muchas mujeres lo dieron todo.

La cabeza descansaba sobre una fina almohada, quizá demasiado grande, pero lujosa. El ataúd era de la mejor calidad; caoba de ricacho, asas de plata y crucifijo labrado a mano. El propio presidente de la República había querido que éste fuese su obsequio.

Michel encendió un cigarrillo, aunque apenas podía sostenerlo en sus labios rígidos como la piedra.

El prefecto, que estaba en la sala mortuoria, preguntó en voz baja:

—Ha estado todo el día y toda la noche anterior haciendo investigaciones, ¿verdad?

—Sí, monsieur, todo el día y toda la noche.

—¿Y...?

—Nada. Ni rastro del niño. Ni idea tampoco de lo que se oculta detrás de todo esto.

—¿Detrás de la muerte de André Gely, quiere decir?

—Sí.

—Pues, ¿qué va a ocultarse? Nada.

Michel dejó caer el cigarrillo al suelo, sin encenderlo. Apenas tenía sensibilidad en los labios. Veinticuatro horas seguidas buscando a Gérard y a Monique y sin rastro de ninguno de los dos. Era la muerte.

—Vamos —dijo el prefecto—. Acompañaremos el cadáver a la

Madeleine.

—¿Estará ya allí De Gaulle?

—Llegará de un momento a otro. No puede imaginarse la cantidad de complicaciones que nos ha traído eso de que Gely fuese amigo del general. Más de mil agentes montan la vigilancia.

—Me parece muy bien que el primer magistrado de la República haya querido presidir los funerales de un amigo —dijo Michel con cansancio—. Sí, eso está muy bien. ¡Dios santo! ¿Es que vamos a enfadarnos porque aún quede un poco de sentimentalismo entre los hombres?

—¿Qué le pasa, Michel? Le encuentro... Bueno, parece como si fuera a caerse de un momento a otro.

—Es la tensión nerviosa. No me haga caso.

Salieron, mientras cuatro agentes uniformados se hacían cargo del ataúd, una vez cerrado éste. La caja fue cargada en un coche funerario, y ellos siguieron en un coche-patrulla de la policía.

La policía había impedido que se acercase nadie a la iglesia de La Madeleine. Para entrar en el templo hacía falta un permiso especial o ir acompañado de una persona de prestigio indudable. A Michel no le pusieron ningún obstáculo, al ir acompañado del propio prefecto de París.

El ataúd fue colocado sobre el túmulo ya dispuesto a pocos pasos de la presidencia. Parte de ésta ya estaba ocupada por los únicos parientes de Gely: una hermana suya, su marido y dos hijos de unos cinco y siete años. Había un sitio vacante para el presidente de la República.

Maquinalmente, sin saber bien por qué, Michel calculó la distancia que había entre el túmulo y la presidencia. Apenas cinco metros. La distancia era siempre la misma, porque el túmulo y los sitiales se colocaban en lugares fijos, y además los funerales a los que asistía el presidente solían celebrarse en la Madeleine.

Michel cerró los ojos.

El pensamiento bailaba en su cráneo, pero no podía precisarlo aún. Era como una mariposa de alas transparentes que más bien se adivina al trasluz, pero que no se ve.

Abrió los ojos de nuevo.

Nada.

El pensamiento se había ido.

Miró a los dos chiquillos que estaban en la presidencia y pensó en Gérard. Una pena honda y amarga le subió hasta los ojos.

En aquel momento, vestido de paisano con ropas oscuras, destacando sobre todo el mundo por su alta estatura, entró el

general De Gaulle, presidente de la República Francesa.

Su entrada se efectuó en el mayor silencio y sin ceremonia alguna. Entre el escaso número de invitados se advertía claramente quiénes eran los policías encargados de protegerle. Los oficiantes salieron ataviados por un lado del altar y comenzó la solemne ceremonia de los funerales.

A Michel nunca le habían gustado las honras fúnebres durante la noche. Pero el propio presidente lo había anunciado así, quizá para mayor solemnidad. A aquella hora todo tenía un aspecto irreal, extraño.

La lujosa iglesia parecía inmensa.

Los cirios enviaban sobre los altares laterales una luz espectral, como de fantasmagórica pesadilla.

El presidente estaba casi junto al túmulo. Apenas tres metros.

En cada altar lateral y en el coro, los policías encargados de protegerle vigilaban atentos. Pero era inútil buscar asesinos en La Madeleine. Todo había sido comprobado, todo había sido calculado y medido.

¿Todo...?

Michel sintió que unas gruesas gotas de sudor helado acudían a su frente.

Otra vez el pensamiento estaba allí, otra vez veía danzar en su cráneo la mariposa de alas transparentes.

Michel intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía la boca seca.

El oficiante cantaba con voz profunda, de bajo. Su canto hablaba de la vida eterna, de los muertos que en realidad no mueren.

Un muerto que en realidad no muere... Un muerto que aún puede... ¡MATAR!

* * *

Michel sintió que algo saltaba en su cráneo como si lo hubieran disparado como un resorte. Sintió como una descarga brutal en sus nervios. De su garganta estuvo a punto de brotar un alarido.

Ahora lo comprendía todo...

Ahora comprendía para qué hacía falta el cadáver de un hombre como André Gely. Sencillamente, para que el presidente asistiera a sus exequias. Ni más ni menos que para eso.

Y comprendía qué era lo que se ocultaba en el ataúd, probablemente en la almohadilla demasiado grande.

¡Sin duda una carga de varios kilos de T.N.T. capaz de hacer

volar media iglesia!

Ahora sí que Michel lanzó un alarido.

Y se precipitó como un vampiro sobre el ataúd, mientras los policías sacaban sus armas y el grito estremecedor parecía repercutir en las inmensas naves de la iglesia.

CAPÍTULO XIV

A Michel no le importaba tanto el presidente como aquellos dos niños, sobrinos de Gely, que le acompañaban. En sus rostros creyó ver el rostro de Gérard. Lanzó otra vez un grito.

El presidente dio un paso atrás.

Uno de los policías de la escolta presidencial fue a disparar su arma, creyendo que se trataba de un atentado, pero el mismísimo prefecto le detuvo. El prefecto tampoco entendía nada, pero confiaba en Michel. Varios hombres saltaron para sujetarle.

Michel abrió de un golpe el ataúd, y tiró de la almohadilla sobre la que reposaba la cabeza del cadáver. En efecto, pesaba mucho, pesaba varios kilos. No se había equivocado.

Pero en cualquier momento podía estallar. En cualquier instante podía reducir a pedazos aquella parte de la iglesia.

Una sorda rabia contra los que ni tan siquiera respetaban los lugares sagrados y la vida de los niños le acometió. Se sorprendió a sí mismo gritando como una fiera:

—¡Apártense! ¡Apártense todos! ¡Es una bomba! ¡Déjenme paso!

Hubo durante varios segundos un movimiento instintivo de retroceso, que Michel aprovechó para saltar, corriendo hacia la salida. El prefecto gritó:

—¡Déjenle paso!

Sin saber cómo, Michel se encontró fuera, en un espacio vacío frente a la Concordia, teniendo en la mano aquel paquete que podía convertirle en pedazos tan pequeños como sus propias uñas. Oyó detrás suyo la voz angustiada del prefecto que gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Déjenle paso!

Michel, jadeando, se detuvo durante unos instantes. Muy bien, ya tenía paso, ya había salvado la vida del presidente y la de aquellos dos niños. ¿Pero dónde dejaba ahora el paquete? ¿Dónde dejaba ahora *aquello*?

Sabía que no podía tardar mucho en estallar. Debía estar todo calculado para el principio de los funerales. Todo dependía de un minuto, de dos...

La calle hervía de animación. Si la bomba estallaba habría docenas de víctimas.

¡Si al menos estuviera el río allí cerca! ¡Si al menos pudiese llegar hasta el Sena!

Pero no podría. Docenas de personas estallarían con él. Una angustia sorda, inhumana, le subió hasta la garganta y le provocó una náusea.

Fue entonces cuando aquella figura brotó junto a él.

—¡Dámela, Michel!

Era Monique. Monique le pedía la bomba. Michel parpadeó como si viese una alucinación.

—¡Sálvate tú! —gritó ella—. ¡Sálvate tú y dame eso!

—Pero...

—Me amenazaron con matar a mi hijo, Michel... He estado siguiéndoles la pista durante un día y una noche y ahora sé dónde están... Los verás en aquel bal...

No llegó a pronunciar la palabra «balcón» completa.

Desde un piso del edificio frente al cual estaban, alguien perdió el control de sus nervios y disparó. Monique cayó herida en un hombro, mientras soltaba la bomba.

Michel la recogió.

Sus manos temblaban.

Vio en el balcón a un hombre con una metralleta. Le estaba apuntando ya. Como en los duelos del lejano Oeste, todo iba a depender de unas fracciones de segundo. La vida sería del más rápido.

Lanzó la bomba hacia el balcón, mientras se arrojaba a tierra y daba dos vueltas sobre sí mismo. La ráfaga picoteó el asfalto justo a unos centímetros de su cuerpo. Una de las balas le atravesó la pierna.

Michel contuvo un grito de dolor mientras miraba hacia arriba.

Con un fragor horrisono la bomba estalló en el balcón, mientras el hombre de la metralleta saltaba hacia atrás. La explosión le segó las piernas, pero no llegó a matarle en el mismo instante. La mujer que estaba tras él, con una pistola en las manos, sintió qué la metralla penetraba en su vientre.

Cayó de rodillas, desangrándose, mientras una mueca aparecía en sus labios.

Aquella mueca iba dirigida al hombre.

—No debiste disparar, imbécil... —dijo suavemente—. No hay que perder los nervios... nunca.

Y disparó contra la cabeza de su compañero, matándolo en el acto.

Hecho esto, Sandra tuvo un estertor, dejó caer la pistola y cayó de bruce, mientras ahora un hilo de sangre brotaba de su boca.

Aún pudo decir:

—¡Idiota...!

Y exhaló su último suspiro.

CAPÍTULO XV

Monique, desde el suelo, sujetándose el hombro herido, miró con angustia hacia arriba.

Toda la fachada del piso había volado, pero el interior debía estar casi intacto. Y allí, sin duda, se encontraba su hijo.

Contempló a Michel. Michel había intentado ponerse en pie también, dominando el dolor, pero le fallaba la pierna. Cayó dos veces, mientras la calle se llenaba de humo y de gritos.

Monique, sin esperar ayuda, entró en la casa. Sabía que aún podía haber hombres vivos allí, que podía aguardarle la muerte, pero eso no importaba. Entre un humo asfixiante llegó a la oficina, cuya puerta había medio saltado de sus goznes.

Atónita, vio algo que no podía imaginar siquiera.

Tres cadáveres. Dos hombres y una mujer. Pero no era eso lo más extraordinario.

Lo incomprensible era aquella ropa tendida, aquellas sábanas fantasmales que, lo tapaban todo. Como enloquecida corrió entre ellas gritando:

—¡Gérard! ¡Gérard...!

Tenía la sensación de estar recorriendo kilómetros y kilómetros entre una doble fila de fantasmas.

Era como un laberinto, como una pesadilla. Su mano izquierda, al palpar las sábanas, rozó un bullo, pero no pudo prestarle atención.

De pronto chocó con una caja. Una caja de embalaje, cerrada, aunque sin clavar ni precintar.

Con todas sus fuerzas levantó la tapa, y lo que vio le hizo lanzar un alarido de horror. Dentro estaba Gérard, atado y amordazado, sin sentido ya por la falta de aire, y acoplada a la tapa había una carga como las que ella conocía bien.

Los ojos de Monique se dilataron de horror. Se llevó ambas manos a la cabeza.

Las fuerzas, en este terrible momento, le fallaban.

Sabía que aquel explosivo debía estar calculado para estallar al mismo tiempo que el otro, el de La Madeleine, y éste había estallado ya. Era, pues, cuestión de segundos. Una milésima de milímetro de membrana debía ahora separar el percutor de la carga.

Si la tocaba, quizá provocaría la explosión ella misma.

Pero tenía que arriesgarse. Tenía que hacerlo...

Lloró mientras levantaba la bomba, pensando en su hijo.

Con un solo gesto la arrojó por encima de las sábanas, hacia el otro lado de la oficina. Una tremenda explosión hizo saltar dos tabiques, y la onda expansiva movió lúgubrementemente las sábanas. Monique jadeó como una yegua herida al darse cuenta de que su hijo estaba ileso. Bajó la vista al suelo, y en ese momento la sangre se le heló en las venas.

* * *

Eran aquellos zapatos, aquellos zapatos que ella había visto ya una vez, pero sin saber exactamente dónde.

Los zapatos negros con unos adornos en piel de cocodrilo.

Monique se sintió acorralada, presa entré aquel laberinto de sábanas que se movían como si las sacudiese un huracán. Supo que jamás podría huir. Que no lograrían salvarla nunca... ¡Nunca!

Corrió, y los zapatos corrieron también.

Lanzó un grito, y al otro lado de las sábanas se escuchó algo parecido al rugido de una bestia.

De pronto algo salió sobre ella, una forma confusa, gruesa. Monique se sintió envuelta entre aquellas sábanas, mientras alguien tiraba de ella. Lanzó otro grito, y entonces unas manos apretaron su cuello.

Monique, con los ojos desencajados, vio inclinado sobre ella el rostro congestionado del presidente de la Banca Arnaud, el que había ido personalmente a su casa a llevarle el préstamo de los quince mil francos fuertes.

—¡Pequeña estúpida...! —masculló mientras apretaba—. Pequeña muñeca sin inteligencia y sin alcances... Nadie te hubiera reclamado los quince mil francos si llegas a estar callada... Pero ahora lo has hecho fracasar todo... ¡Todo! —siguió apretando, mientras los ojos de Monique se nublaban—. Yo invertí casi todo el dinero del Banco, un dinero que no era mío, en una arriesgada jugada de Bolsa. Compré valores y acciones de industrias argelinas cuando De Gaulle subió al poder. Creí doblar el capital en un año... Pero ahora esas acciones no valen nada... Y con De Gaulle muerto, en cambio, hubiesen subido otra vez, porque los especuladores hubieran pensado que Argelia quizá volvería a ser francesa... Sólo necesitaba esa muerte y veinticuatro horas para convertirme en uno de los hombres más ricos de Francia... Yo no soy de la O.A.S. ni la política me importaba nada... Sólo necesito dinero... ¡Mi dinero! Por

eso contraté al mejor equipo de asesinos del mundo, pero tú lo has hecho fallar todo, pequeña estúpida...

Seguía apretando. Un fulgor satánico brillaba en sus ojos. Monique se dio cuenta de que no podía hacer nada, de que iba a morir.

Y luego aquel monstruo tal vez mataría a su hijo, al que ella quería más que a su propia vida.

Contorsionó las manos en el aire, en un gesto de agonía suprema.

El asesino apretó un poco más. La tráquea de la mujer produjo un crujido.

Y en ese momento sonaron uno, dos, tres disparos.

Un hombre que se sostenía sólo sobre una pierna, como un mutilado, acababa de aparecer por el otro extremo del corredor que formaban las sábanas. Arnaud recibió los impactos en el cuello, en el pecho y en la cabeza, y soltó a Monique. Como un borracho, retrocedió lanzando aullidos. Michel, que le estaba apuntando, le dio una especie de asco disparar otra vez.

Arnaud cayó sobre otra caja cerrada que había al extremo opuesto de la oficina. Lanzó un chillido inhumano.

Y en ese momento la caja saltó en cien pedazos, en medio de un espantoso estruendo. El banquero saltó también. Su sangre y sus restos impregnaron las paredes.

Monique, con los ojos llenos de lágrimas, caminando como borracha, avanzó hacia aquel lugar. Parecía uno de esos seres presas del vértigo a los que atrae irresistiblemente el abismo. Al llegar junto a los restos de la caja cayó de rodillas, y entonces el llanto fluyó de sus ojos mansamente.

Monique no supo jamás que los pobres restos humanos que aún quedaban en aquella caja eran los del padre de su hijo.

EPÍLOGO

En la sala de urgencia del Hotel Dieu, en dos camillas contiguas, un hombre y una mujer iban a entrar al mismo tiempo en la sala de operaciones, ambos para extracción de bala. La intervención iba a ser larga, pero todos sabían que el peligro era casi nulo.

El médico jefe se acercó a Michel.

—Nada le va a suceder, amigo. ¿Quiere algo antes de que lo llevemos adentro?

Michel suspiró:

—Sí. Dos cosas.

—Dígalas.

—La primera, un cigarrillo.

—Yo mismo llevo. Tome.

—No, no es para mí.

—¿Que no? ¿Entonces para quién cuernos...?

—Para ese niño que está en la sala de espera. Dígale que sé lo fume de mi parte. Dígale que ya es un hombre.

El médico sonrió, mientras separaba el cigarrillo.

—Ya está una cosa. ¿Y la otra?

—Traiga un sacerdote y que nos case a esta mujer y a mí. Ya es hora, cuerno. Puede casarnos ahora condicionalmente, pero toda la documentación está en el Sacre Coeur. No pierda un minuto.

El médico no lo perdió. Salió pitando. Parecía gustarle mucho eso de abrir la tripa a la gente y, encima, hacer que se casara.

Michel volvió el rostro hacia Monique, un poco pálida, que le sonreía.

—¿Estás contenta, pequeña tonta?

—Es la noche más feliz de mi vida, Michel. Michel arrugó el ceño.

—¡Diablos! ¿Por qué has mencionado la palabra «noche»? Va a ser nuestra noche de bodas y la pasaremos en el quirófano. ¡También tiene narices...!

E intentó poner buena cara cuando el sacerdote entró en la sala.

F I N

Mikky Roberts

El secreto de las tumbas



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Libros clásicos
del mundo
juvenil



precio:
30 ptas.

250 ilustraciones en
cada volumen.

EDITORIAL BRUGUERA

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRIGIERA S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritas por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

COMO VIVIR 963 DIAS AL AÑO

por John R. Schindler, M. D.

ARTRITIS Y SENTIDO COMUN

por Ana Ruiz Alexander

EL ARTE DE DESCANSAR

por Norman L. Schwartz

NUESTRO PRIMER HIJO

por el doctor Mario R. Castañón

BAÑAR ES FACIL

por Arthur Murray

VIVIR MEJOR

por E. L. Hartman

VIVA EN PAZ CON SUS NERVIOS

por Walter C. Myers

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA

por Harry Harlow

INGLES PRACTICO

por Joseph M. Bazzaz

CONVERSAR Y CONVENCER

por Grace Stuart Bailey

FECUNDACION CONTROLADA

por el doctor Marshall y E. J. de Mors

LA CLAVE DE LA GRAFOLOGIA

por Francisco Luciani

MEDICINA POPULAR

por el doctor R. E. Jorda

HIPNOTISMO

por Eusebio Pardo

VIVIR Y CONVIVIR

por Joseph Pech

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 1 PTAL.

COLECCION "PIMPINELA"

340 — Corín Tellado
LO SUPE AQUEL DIA

COLECCION "MADREPERLA"

756 — Jesús Navarro
EL CHOFER FRANCÉS

COLECCION "RONAURA"

690 — Armando Sandoval
EN LA CIMA DE
TUS SUEÑOS

COLECCION "AMAPOLA"

567 — Eulalia d'Elattre
EL FINAL DE SU HISTORIA

COLECCION "ALONDRA"

501 — María del Pilar Carrá
GRANDIFLOON

COLECCION "CAMELIA"

442 — María Adela Durango
LA SOBRINA DE PARIS

COLECCION "CORAL"

127 — Corín Tellado
ESTE ES MI TUTOR

COLECCION "CORAL"

128 — Corín Tellado
LA PESADILLA DE DIANA

COLECCION "CORAL"

226 — Corín Tellado
LA INDECISION DE LEILA

COLECCION "HINOTE"

761 — Orland Garr
CANDIDATO A LA MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"

645 — Clark Carrados
EL DIAMANTE ROJO

COLECCION "BUPALO"

475 — M. Lafuente Estefanía
"BLACK", CABALLO
SALVAJE

COLECCION "TEXAS"

546 — M. Lafuente Estefanía
LA CARICIA DE
LA CUERDA

COLECCION "CALIFORNIA"

325 — A. Rolést
UN HOMBRE LLEGO
DE TEXAS

COLECCION "COLORADO"

270 — José Mogar
LUCIFERNAGA DEL RIO

COLECCION "KANSAS"

236 — Alf. Regaldis
A MI GRANUJA

Col. "HEROES DEL OESTE"

218 — M. Lafuente Estefanía
DESIDIO POR EL "CULT"

COL. "ASES DEL OESTE"

188 — Fical Prado
CARGAMENTO DEL DIABLO

COLECCION "BRAVO OESTE"

109 — Micky Roberts
SIN PIEDAD (EXTRA)

COLECCION "PUNTO ROJO"

34 — Silver Kane
DULCE MUERTE

COL. "SELECCIONES A. S."

12 — Mark Halloran
PRONOSTICO MORTAL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina -
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1072 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6ª núm. 12-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Bonalcazar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacehuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 128 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegúa, 236
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillos).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Fernán-
dín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1576

Yul Brynner

Nació este famosísimo actor en Sakhalin Island. Sus películas son éxitos seguros debido a su gran popularidad. Ha interpretado, entre otras, "Los Búcaneros", "Rojo alardear", "Los Diez Mandamientos" y "Los 7 magníficos".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORE LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain